

José Jiménez Lozano

La boda de Ángela

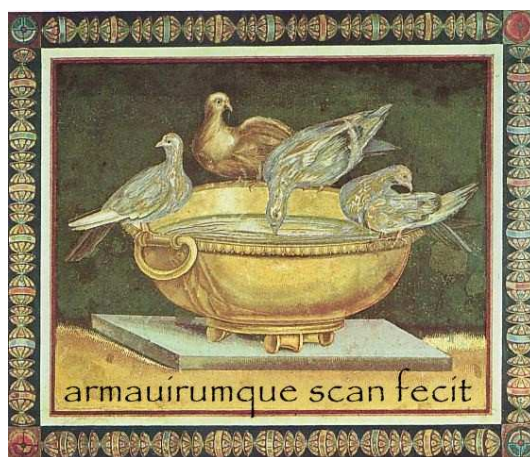
Novela



Seix Barral  Biblioteca Breve

JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO

LA BODA DE ÁNGELA



Cubierta: «La Belle Chocolatière»,
de Jean-Étienne Liotard

Primera edición: octubre 1993
Segunda edición: febrero 1994

© José Jiménez Lozano, 1993
Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo:
© 1993 y 1994: Editorial Seix Barral, S. A.
Córcega, 270 - 08008 Barcelona

ISBN: 84-322-0690-3

Depósito legal: B. 4.613 – 1994

Impreso en España

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

José Jiménez Lozano

La boda de Ángela

Los novios y sus familias y los invitados a La boda de Ángela esperan el momento de la ceremonia en la explanada que hay ante la iglesita en que va a celebrarse el enlace; mas lo que verdaderamente ocupa el relato en estos momentos es lo que el narrado cuenta a Tesa, un personaje ausente que, pese a ello, tiene un pape determinante en la historia. Sin embargo, la historia en sí misma consiste, al cabo, en detalles: los rostros, los gestos, las palabras y si sonoridad, recuerdos entrevistos, la naturaleza y las cosas que circundan los hechos. El arte segurísimo de Jiménez Lozano, con amorosa precisión de una miniatura, obtiene en La boda de Ángela una de sus más acabadas creaciones.

Biblioteca Breve



JOSÉ JIMENENEZ LOZANO nació en Langa (Ávila), en 1930. Entre sus ensayos cabe destacar *Guía espiritual de Castilla* (1984) y *Ávila* (1988); su obra narrativa comprende títulos como *Historia de un otoño* (1971), *El sambenito* (1972), *La salamandra* (1973), *El santo de mayo* (1976), *El grano de maíz rojo* (1988), que obtuvo el premio de la Crítica, *El mudejarillo* (1992). Es además autor de los volúmenes de poesía *Tantas devastaciones* (1992). En 1988 recibió el Premio Castilla y León de las Letras por el conjunto de su obra, y por el mismo concepto obtuvo en 1992 el Premio Nacional de las Letras Españolas.



«Vous n'êtes pas accoutumé à ce langage, et on ne parle pas comme cela dans le monde; mais voilà six pieds de terre où on ne craint ni Chancelier ni personne.»

(Monsieur de Saint-Cyran à Monsieur Lancelot.)

I

Mientras mamá llegaba, te estabas dando cuenta de que era ella la que sostenía el mundo, y antes de que ella apareciese era como si estuviéramos en una cacería, o reunidos para un baile de disfraces o el rodaje de una película: pasando y volviendo a pasar los unos delante de los otros, formando corros, haciendo presentaciones, alargando manos, forzando las inclinaciones y las sonrisas, perdidos todos juntos.

—No te hagas esperar mucho, mamá —la había dicho Lita.

—No te preocupes, no me haré esperar gran cosa.

Pero se hizo esperar, naturalmente. Ya sabes que desde la ermitilla se ve perfectamente la carretera, que va a la general, como una cinta oscura y recta que se doblase allá arriba, en el repecho, un poco después de que a la izquierda salga el caminito de tierra que lleva a la finca, así que todos estos invitados a la boda de Ángela andaban con la mano puesta sobre los ojos para quitarse el sol de media mañana y tratar de divisar el Mercedes de mamá en cuanto entrase en el asfalto, según les decían Lita y su marido, que eran los que atendían a todo el mundo.

—¡Qué maravilla de sitio! —decían algunos.

Pero como extrañados de que hubiera campo, a juzgar por el tono en que se admiraban. Las pequeñas tierras de labor y algunas huertas entre ellas componían ya a esas alturas de abril como un lienzo de colores, algo difuminados todavía: el verde tierno que tanto te gustaba, pero también los ocre y los rojos de la arcilla avivados por la humedad. ¿Te acuerdas? Pues cada año es como cuando tú te fuiste, y la ermitilla conserva el musgo en su zócalo de piedra por la parte de atrás y junto al suelo; nadie lo toca, y nadie lo tocaba entonces. ¿Te acuerdas? Pero el musgo y el líquen de las piedras de la fachada cada vez tienen más tonos rojizos o amarillentos, y algunos invitados hablaron de enfermedad de la piedra; aunque no les ocurre nada a estos bloques de granito apenas desbastados. Son los ojos de los que miran los que se muestran perplejos: no entienden.

—Seguro que ha sido cosa de «la vieja» —dicen, refiriéndose a mamá.

Entraban, miraban allí dentro, y quedaban todavía más desilusionados por aquellas paredes desnudas, blancas y alabeadas; aquel arquillo de medio punto, de piedra rugosa, que se abre al ábside con sus tres ventanas saeteras, sin un adorno ni filigrana tallados. Y luego el altarcillo como un vasar, y encima la virgencilla románica con sus ojos de almendra, tan grandes y tan fijos. No sabían qué decir, y Lita como si se excusase:

—Es muy antigua.

Pero su marido trataba de aclarar a todos, especialmente a los invitados del novio —su propia familia y sus amigos—, que en realidad esto de la ermita había sido un capricho de «la vieja», y entonces aquella tribu de hombres de negocios, notarios e ingenieros navales ofrecía la sensación de comprender. Abrían un poco los ojos y plegaban los labios los hombres; y soltaban una risita las mujeres:

—Es una joya.

—Sí —contestaba Lita.

Luego trataban de leer las letras góticas de una de las sepulturas en el suelo: la que tiene el escudo con una flor de lis y un pájaro, pero quedaban desarmados.

—Papá era el que sabía —dijo Lita.

—Pero esta iglesia pertenece a la finca, ¿no?

—No, no. Antes sí, hace muchos años. Pero ahora es del obispado.

—¡Qué pena! ¡Con lo mona que es: como una casa de muñecas!

Había allí los cuatro o cinco bancos de siempre y, ante el altar, dos reclinatorios para los novios y el de mamá; y habían traído también un sillón antiguo desde la parroquia del pueblo para el oficiante. Pero ni una alfombra, y la buscaban con los ojos, la trazaban con la mirada como en el *hall* de un hotel; y era como si todos aquellos burgueses se hubieran equivocado de lugar en un fin de semana, y hubieran ido a parar a un lugar extraño. Entraban y salían de la iglesita, uno por uno o en grupo; se paraban en el pequeño atrio y miraban el artesonado tan pequeño, pero tan azul como siempre, y luego deambulaban por aquella explanada, apoyándose en las manos sobre el pretil para mirar a lo lejos, y seguramente se hubieran sentado sobre él si no hubieran estado ceremoniosamente vestidos. Porque no sabían qué hacer después de los primeros momentos y daban la impresión de estar como en una isla abandonada y de que esperaban un barco o un helicóptero que vendría a recogerlos. O quizás un ángel: algún indicio de que un camarero o doncella fuera a servir un cóctel en algún lugar cercano o invisible. Y te puedes imaginar que ya estaba todo el mundo, cuando llegó mamá.

Ángela se precipitó, radiante, hacia la escalerilla de subida. Llevaba en la cabeza la diadema de diamantes y esmeraldas de la Princesa, que habían llevado en su boda otras mujeres de la familia. Papá decía que las piedras eran seguramente falsas, aunque debía de haber costado tanto el imitarlas como si fueran verdaderas; pero que la Princesa tampoco había sido una Princesa, sino una actriz, y sin embargo, parecía una Princesa. ¿Te acuerdas?

Te tienes que acordar de cuando mamá decía, al final de la cena de Nochebuena:

—Estamos aquí como si fuésemos una gran familia.

—¡Ah! Pero ¿es que no lo somos? —preguntaba papá.

Nos reíamos, y a mamá la llevaban los demonios, porque se avergonzaba un poco de haberse puesto tan solemne.

—Eso es la sangre italiana de vuestra madre —añadía papá, mirando al retrato de la Princesa.

Y entonces mamá se sonreía, pero todavía insistía:

—¡Y quién estará aquí y quién faltará al año que viene!

Había un pequeño silencio, que siempre nos impresionaba, aunque éramos tan pequeños, y Lita decía:

—Pues todos.

Y tú y yo aplaudíamos: la única vez que podíamos hacer eso en la mesa, por ser el día que era y como para ahuyentar los pensamientos tristes de mamá o qué sé yo: como si eso hiciera renegar a la Princesa y así nos vengásemos de ella. Ahí sigue en el comedor su retrato, tal y como estaba: encima del locero. Y, si la vieses ahora, te parecería fascinante, aunque entonces a nosotros, de niños, nos causaba tanto temor esa cara tan delgada, de cera; el vestido negro, con su blonda en el cuello y los puños; el peinado a raya en medio, y los ojos grandes y bien abiertos pero como adormilados; los labios delgados, calculadores; las manos un poco gordezuelas y con un rosario entre ellas. Papá decía que ahí, en el retrato, la Princesa aparecía como penitente, después de que el Papa la concediese un título nobiliario, ya muerto aquel abuelo que fue a Italia a defender los Estados Pontificios y con quien dicen que la Princesa se casó *in articulo mortis*.

—Quitando el rosario, es como George Sand —decía también papá.

¿Te acuerdas? Mamá no sabía quién era George Sand, pero la enseñábamos su retrato en nuestros libros y la sorprendía el parecido. Lita la explicaba que era una escritora que vestía de hombre y había tenido muchos amantes, pero no debía de creérselo:

—¿No te da vergüenza decir eso? —preguntaba mamá.

—Es que es verdad —decíamos nosotros.

—Y vosotros, ¿qué sabéis? Más valiera que leyerais otras cosas —comentaba.

Y entonces miraba a papá como si fuera el responsable.

—Son cosas que hay que saber —contestaba éste.

Pero debió de hacer sus propias investigaciones o qué sé yo, porque un día, muerto ya papá, cuando estábamos comiendo, se quedó mirando en medio de la conversación el retrato de la Princesa y dijo:

—¡Hay que quitar de ahí a ese pendón, y poner un cuadro!

—¡Pero mamá...!

—¡Perdón! Hay veces que pierdo los estribos con lo de la familia.

Luego se la pasó, sin embargo, ese ímpetu, y el retrato de la Princesa continúa ahí, como continúa igual todo en la casa desde que tú no estás; igual que antes de irte al convento y, luego, cuando te fuiste tan lejos. Siempre ausente, siempre tu silla vacía, ahí, en el comedor, como si fueras a volver de un momento a otro; y mamá diciendo siempre, cada vez que nos sentamos a la mesa:

—¡Dios mío!, ¡como si no existiera!

—¡Pero mamá...!

Se la nublan los ojos de lágrimas, y entonces hay un silencio, que cada vez resulta más largo desde que no tiene cartas tuyas, y dice que oye muy mal el teléfono. Echa la culpa a las líneas telefónicas de esos andurriales y países donde vives, y a sus oídos. Pero la das la vida, cuando llamas. La rejuveneces veinte años, y hace una maravillosa puesta en escena.

—Es la señorita Tesa, señora.

—Es Tesa, mamá.

Pero como si no oyese, y hay que repetírselo. Lleva allí clavada horas enteras, en su sillón orejero del cuarto de estar, junto a la chimenea en el invierno, o en la terracilla en el buen tiempo, esperando tu llamada, pero hace como si se sorprendiera. Se la ilumina el rostro, se arregla el pelo, se levanta despacio del sillón, aunque tiene allí a mano una mesita con un teléfono supletorio, y echa a andar lentamente hacia su habitación. Luego se vuelve, desde la mitad del pasillo, buscando sus gafas, o toma en sus manos *Los novios* o la *Imitación de Cristo*, que son los libros que lee y relee constantemente, y se encamina de nuevo a su cuarto al mismo ritmo lento del principio, estirándose el vestido, mirándose al espejo que hay sobre la consola inglesa, como si acudiese a recibir una visita; pero luego, ya al final del pasillo, te percatas de que ha acelerado su paso, oyes el taconeo casi de una niña que hubiera comenzado a correr, y en seguida sientes el portazo y luego la llave que hace pasar de un golpe la cerradura de la puerta de su dormitorio. Y, cuando acaba de hablar, sale de allí acicalada, con otro vestido, llena de calma y satisfacción, se vuelve a sentar en su sillón, silenciosa, ausente, pone sus manos sobre el halda, a veces sonríe levemente y, al cabo de un rato, como si se percatase entonces de que yo estoy allí, dice:

—No sé por qué se molesta en llamar esta chica. ¡No oigo nada!

Y, a veces, añade:

—Y cada vez pronuncia peor el castellano. Entonces, yo tengo que mirar hacia otro lado para que no adivine ninguna emoción en mi rostro, o decir algo irónico o divertido. Pero, ¡estáte tranquila, que mamá no sabe nada! ¿O lo sabe y disimula como con la Princesa y la boda de Ángela? Ya no sabes qué pensar.

—Aquí no quiero ni un cachivache —dijo mamá a Luzdivina, refiriéndose a los regalos de boda.

Porque algunos invitados, no sabemos por qué, habían comenzado a enviar sus regalos a la finca.

—Aquí no quiero ni un preparativo.

Pero ella estuvo dando vueltas y vueltas durante una semana a cómo iría ella vestida. Se sonreía con aquel rictus de sarcasmo que siempre la transformaba la cara en un rostro de niña, ¿te acuerdas?, y decía:

—Me dan ganas de ponerme la mortaja.

—¡Mamá!

Y, al fin y como te debes de imaginar, se presentó toda elegante: con un vestido oscuro, claro está, enguantada, un sombrero eduardiano. «A la antigua», como ella decía siempre.

—Para fastidiar a la democracia y a la moda —comentaba papá.

—En efecto —contestaba ella.

¿Y te acuerdas cuando decía a tía Remedios que el que los rojos quisieran quitarla las tierras la parecía lógico, pero que no pasaba por que los comerciantes y los demócratas tratasen de quitarla los guantes y los sombreros?

—No te entiendo —contestaba la pobre tía Remedios—. No te entiendo.

Revolvió armarios y cómodas y comodines hasta dar con lo que buscaba: ese traje sastre de color oscuro, que te digo, con cuello de piqué, y una especie de capa, y unos botines.

—¡Cincuenta años que no me pongo esto! ¡Pero si es una preciosidad!

Y el pelo, liso; «a lo *garçon*».

—¡Como cuando quería ser un chico, ya ves!

—¿Y ya no quieres ser un chico, mamá?

—No. Ni tampoco quiero llamadas, ni visitas. La familia no recibe —la advirtió a Luzdivina.

—Sí, señora.

—¿Y a qué hora es la ceremonia? —preguntaba constantemente.

—A la una en punto, mamá.

—¡De la tarde, claro!

—¡Claro, mamá!

—¡Qué horas! Pero yo iré a mi misa de las siete de la mañana como todos los días.

—¡Claro, mamá!

Porque ya sabes que hace unos doce o catorce años que no tenemos capellán. Es decir, que ya no sube el párroco del pueblo a decirnos la misa en el oratorio. Los dos últimos curas que hubo en la parroquia dejaron la sotana por cosa de política o de enamoramientos o de faldas, y mamá decidió prescindir de más clérigos, así que ahora madruga y va a misa a las siete a La Torre donde el viejo cura que hay allí la dice a esas horas. Como tiene reuma, tarda mucho tiempo en la celebración, pero mamá dice que ni siente el frío y siempre viene comentando:

—Tendrías que ir conmigo. Tiene las manos deformadas como dos garabatos, y le tiemblan cuando te da la comunión. Te hace temblar a ti.

Y eso fue lo primero que dijo al bajar del coche, al pie de la escalerilla de la ermita:

—Yo ya he ido a misa, y ahora vengo a la fiesta.

¡Qué sé yo lo que pensaría la tribu de notarios, hombres de negocios e ingenieros navales de la familia del novio y del marido de Lita! Porque nosotros no habíamos invitado casi a nadie: sólo a don Julio, ¿te acuerdas de él?, y a pocas personas más.

Tardó lo suyo mamá en bajar del coche, porque traía un bastón de papá y un ramo de lilas, y el bastón se enredó en el echarpe de seda, y luego se enredaron las lilas y, como puedes imaginarte, no permitió que nadie la echara una mano. Aunque, apenas puso los pies en el suelo, comenzó un discurso sobre sus piernas, y no las pasa nada a sus piernas pero sobre ellas y sobre su vejez fue el discurso. Como nadie la echaría más de sesenta años, y muy ligeros, informó a todo el mundo de que acababa de cumplir setenta y nueve.

—¡Son setenta y nueve años: se-ten-ta-y-nue-ve!

Porque sigue siendo mamá la encantadora coqueta de siempre. No tiene ni una arruga, y la gusta mostrar allí el peso de esos años, como en un platillo de la balanza, y en el otro su rostro de muchacha casi. Y, el año pasado por ejemplo, ni una palabra dijo cuando se partió una pierna —la izquierda—, pero ahora que aquello pasó y no la ha dejado ni rastro se queja de las piernas y exhibe sus canas con orgullo. Porque ahora ya no se tiñe el pelo: creo que se lo platea, más bien.

—He pensado que quitarse las canas es una ordinariez —me dijo un día.

—¡Claro, mamá!

Entonces me explicó que todos los Soldati de su familia, la de la rama de la Principesa, siempre

habían tenido canas a los treinta años. Y te tienes que reír, porque, ¿qué tendrá que ver mamá y qué tendremos que ver nosotros con la Principesa, una amiguita de nuestro trasabuelo con la que se casó ya medio muerto? Pero mamá es como es, y pregunta:

—¿Tendrá canas Tesa?

—¡Seguro, mamá!

—¿Y se las teñirá?

—No sé, mamá.

—¡Como si no existiera, Dios mío! ¡Allá, tan lejos, perdiendo su vida!

Y yo siempre la contesto:

—«El que pierde su vida, la ganará», mamá.

Se queda un poco en silencio, y luego responde que sí, que así es verdaderamente, que si es que creo yo que ella no ha leído el Evangelio y no sabe que ésa es la verdad y la única verdad. Y comienza a contarme, entonces, que en realidad, muerto papá, ella tenía que haberse ido a un convento, y que si tú no te hubieras salido de él, contigo estaría ahora allí.

—No te engañes, mamá. A ti te gusta vivir muy bien. No serías capaz.

—¿Y tú qué sabes? ¿Tú qué sabes cómo he vivido yo?

En ese momento te das cuenta de que ella sostiene al mundo y de que, si no estuviera ahí, a Ángela se la hubieran llevado las fieras como a Lita. ¡Pobre Lita!

—Nos has hecho esperar, mamá —dijo Lita, cuando mamá estaba todavía bajando del coche.

—Naturalmente —contestó mamá, tan tranquila.

Y, luego, comenzó a saludar a todo el mundo, conocido o no.

—¡Pero qué bien les encuentro! ¡Todos tan gordos y tan guapos, tan distinguidos, tan bien vestidos!

A los invitados se les quedaba la sonrisa congelada, como la de las señoritas de la publicidad; porque mamá ya sabes que es cruel y exquisitamente maleducada, cuando se lo propone.

—¡Pero qué vieja la encuentro!

Se lo diría a la reina, al Papa y al lucero del alba; y con el mayor desparpajo, pero con esa voz ingenua que se saca entonces: como si acariciara. Como cuando contaba las escenas de la ópera o del teatro, que odiaba a muerte y con toda su alma, pero a los que iba de la mejor gana para observar con los gemelos.

—Ni el Museo del Prado —decía.

Miraba las calvas, los bisoñés, las pelucas, los engominados, las lacas, las obras del peluquero y de la manicura, las gorduras, los enflaquecimientos, las caras congestionadas, los mofletes, las palideces, las arrugas, las manos con manchas y con pelos, los trajes y vestidos caros, tan incómodos; los pechos levantados con sostenes, los escotes y los hombros desnudos mostrando carnes esplendorosas o mortecinas, y los ojos extraviados y vacíos de viejos y jóvenes, hombres y mujeres, devorando las turgencias, el brillo, las cenizas. Y, cuando salían del palco, decía a papá:

—¡Buenos Ejercicios Espirituales! ¿No? Y papá preguntaba malignamente:

—Y el tenor, ¿qué te ha parecido?

—¿Qué tenor? —decía mamá.

—¿Qué tenor va a ser? Supongo que ha habido un tenor.

Porque a él tampoco le interesaba nada el espectáculo y, mientras mamá fisgaba con los gemelos, era muy capaz de ponerse a leer, a la luz de una linternilla, en la parte de atrás del palco.

—¡Qué estupendo! —repetía luego, en los pasillos, al final de la representación—. ¡Qué maravilla!

Y cualquier cosa parecía y parece una maravilla, si mamá dice que lo es. Así que pasaban por melómanos o grandes aficionados al teatro.

—¡Y tanto! —comentaba mamá—. ¡Lo que es el mundo! ¡Qué comedia! ¡Qué personajes! ¡Qué escenarios!... Pero en ninguna parte como en una boda —decía también.

Aunque no había que despreciar tampoco, según ella, la composición de las caras y los gestos en los funerales; y todos hemos heredado esa malignidad de mamá, ¿no? ¿Te acuerdas cuando venía tía

Remedios con sus setenta kilos de entonces y tú te reías?

—Parece una foca —decías.

—¡Tesa! —te advertía papá.

Pero mamá terciaba:

—¿Es que no lo parece? La falta sólo el bigote.

Pero es que a papá como si le diese pena que la gente engordara, y creciese, y madurase, y se volviese formal, áspera, seca, sentimental, untuosa, seria, moral, pedagógica, cínica, pesetera, sensual, comilona, apoltronada, dormilona, beata, y qué se yo. ¿Te acuerdas de todos aquellos adjetivos que nos hacía escribir? Pero como si tuviese misericordia de todo eso, y tratase de echar un velo de disimulo, diciendo siempre:

—¡Claro, claro! ¡Eso es!

O con su tosecilla sobre las conversaciones de dinero o de mujeres, de partidas de cartas, de caza, de carreras: como si con la tosecilla quisiera dirigir todo por otro derrotero, o llamando la atención sobre sí cuando en las comidas se hacían esos terribles silencios que se hacen, y sólo veías a la gente ante el plato manejando el tenedor, el cuchillo o la cuchara como herramientas para tragarse al mundo; aunque hacían un alto para decir «sí» o «exactamente» y «desde luego», mover la cabeza, sonreír, tocar los cubiertos o la base de las copas levemente, empujar el panecillo o la tostada dos milímetros, pasarse la servilleta por los labios para luego beber un sorbo, y volver a decir «sí», y «excelente», o «extraordinario», alabar el *bouquet*, discurrir sobre las otras condiciones del vino, la delicia del guiso, deglutir de nuevo, y otra vez «sí» y «naturalmente», o «sí, me serviré otro poco», y la resurrección de la memoria, «¿os acordáis?»: el desfile entero de platos probados hace años, vinos gustados junto a toneles de maderas suntuosas, hoteles, restaurantes, coches y vacaciones en Biarritz o en Italia, el sol, la Costa Brava, Saint-Tropez, campos de tenis, piscinas climatizadas, tardes largas, noches de casino, faroles de bulevar, farolillas rojas, misteriosos chalets. Y, en seguida, como si la puerta de éstos se entreabriese, palabras de dos sentidos por lo menos, risitas, miradas húmedas hacia las damas, miradas de reojo de éstas, su media sonrisa, los ojos bajos. «Si me permiten», o «es un poco fuerte, pero tiene gracia». Y el pestañeo de la doncella o del mozo del comedor que escuchaban.

—¡El mundo! —decía papá con misericordia.

Pero mamá no sentía compasión alguna, y como si disfrutara con el envilecimiento de aquellas gentes honorables, que no cesaban de devorar un solo instante.

—Como cerdos —decía.

—¡Tesa, estás ofendiendo a Dios! —la advertía luego papá.

—¿Y por qué? ¿No somos como cerdos? La entraba la risa, aunque se la quitaran las ganas de comer, y de ver y oír después de cada espectáculo de éstos:

—¡Tan formalitos, comiendo! Y, luego, cuando comienzan a contar esas cosas: ¡como si se pusieran en pijama! —Y añadía—: Una semana a tortilla francesa.

—¡Pero, mamá...!

Y después de esas comidas, la disciplina arreciaba en casa. ¿Te acuerdas?

—¡Ponte derecho! ¡Ponte derecha en la silla! —nos ordenaba.

Pues seguimos con las mismas sillas rectas como potros de tortura. ¡Igual! Y haciendo al final las alabanzas de la cocinera, y sin salero en la mesa.

—¡Perfecto, Luzdivina! Dígaselo a la cocinera.

Y Lita protestaba, a veces, ¿te acuerdas?

—Es incomible —decía.

—¡Vete a tu cuarto!

—¿A quién habrá salido esta chica? —comentaba mamá, cuando Lita salía.

Y tenía razón, porque a nosotros nunca nos gustó el mundo, y a Lita sí, y siempre estaba a vueltas con el mundo. ¡Pobre Lita! Tenía un paladar y un gusto de Principesa, no como nosotros todos, que todo nos parecía bien, o casi todo.

II

—Esto es lo que traen las bodas y las Nochebuenas —dijo mamá—: que te pones a remover tumbas y catastros.

Pero tú no te puedes acordar de «la habitación del catastro», porque de pequeños y hasta de mocitos ni siquiera sabíamos que existiera, allá arriba donde los trasteros.

—¿Y aquí qué hay? —preguntábamos.

—Más trastos viejos —respondía mamá—. Un día, bajo todo a los corrales y lo prendo con una cerilla.

—¡No, mamá!

De allí mismo habían bajado un día el retrato de la Princesa, y allí estaba la señal que había dejado en una de las paredes de la habitación, toda ella llena de fotografías de boda, pinturas de parejas matrimoniales o de mujeres solas y hombres solos, de jóvenes y muchachas muertos de tuberculosis o en duelo, una cacería, un parto oculto, o de mal de melancolía y no acertar a anclarse en el puerto del mundo. Y también pinturas y fotografías de niños de todas las edades de la infancia o la adolescencia, y cuadros con dibujos funerarios hechos con pelo de niños y niñas difuntos; trenzas rubias y negrísimas que parecían recién cortadas, y otras como de ceniza ya o de polvo, ajadas o como de esparto. Crucifijos y cintas de ataúdes, y relojas de satén o seda bordada con iniciales, o una estampa rebordeada en ellas, para colgar sobre la mesita de noche; aceriques de colores en forma de corazón o de minúsculas almohadillas como para dormir muñecos, de manera que casi no había espacio alguno de pared al descubierto. Otros cuadros eran árboles genealógicos antiguos como gigantescos olmos que dieran frutos redondos con nombres inscritos en los círculos, y de dos en dos se alzaban, o a veces descendían como si el árbol cayese de lo alto con ese gigantesco peso. Y todavía más fotografías y pinturas de clérigos, frailes y monjas, y algún obispo de la familia; y luego un capelo de cardenal en una vitrina, con un anillo y unos guantes, y en el anaquel de abajo una fotografía de la Princesa muy joven, con un vestido blanco y calado, y llevando un parasol también blanco y como de encaje, delante de un café de París: Le Chat Noir. Es una mujer hermosa, aunque ya se anunciaba una cierta morbilidad en su cuerpo tan ceñido. Pero los mismos ojos somnolientos, los mismos labios como metálicos, perfectamente plegados; y hay una dedicatoria en esa fotografía, pero ya no puede leerse.

A lo largo de las paredes, como sarcófagos, estaban luego los baúles y arcones, como en una capilla extraña o como en un almacén de chamarilero: no sabías. Y en esos baúles y arcones más fotografías y placas o negativos de cristal, sales de plata, cachivaches de revelar, periódicos y recortes de ellos, devocionarios, rosarios, ropas de todas clases y sombreros o gorritos de bebé, horribles aparatos ortopédicos para pies y manos, brazos y piernas o columna vertebral, bragueros para hernias, irrigadores y lavativas de niño, colecciones de revistas y tarjetas postales, muchas de ellas pornográficas, pero que, vistas ahora, te parecen como de circo o manicomio, o hasta como de vidas de santas echadas a las fieras, y te parece que los hombres fueran monos o perros de presa, o locos. Y todas estas revistas y postales bien empaquetadas y guardadas entre mortajas sin estrenar y pequeñas mantas de viaje en el fondo de los arcones o baúles, y tapadas con rimeros enteros de papeles: escrituras y planos de fincas, títulos caducados de Bolsa, vales de comités anarquistas, dinero republicano, pagarés de Isabel II o Amadeo I, y bulas de dispensas matrimoniales y de ayuno y abstinencia. ¡Qué sé yo qué más! Y, cuando has ido revolviendo día tras día y has tenido todo esto en tus manos, es como si se abrieran las sesiones del Juicio Final y te parece que en derredor se sientan todas esas gentes de donde venimos para escuchar la historia de su vida y de la nuestra

escrita en el Libro, y ver que esas historias de cada uno apenas si llegan a dos renglones para los que más vivieron. Ochenta o noventa años, y la página en blanco, vidas según el esquema de la vida y su resumen siempre el mismo: unos cuantos deseos de la carne, unas cuantas oraciones del espíritu, días de purga y clisterio a seguido de comilonas sin medida, trajes de visita, trajes de domingo, zapatillas y chapines, batistas, terciopelos, tafetanes, seda, lino, algodones, organdí y otomanes; pollo y terneras, natillas y *soufflé* de queso, tarta y *marrons glacés*, pasta, faisán y sopa de tortuga, aves de caza, las pechugas y el *foie-gras*, digestiones difíciles y laxantes, Argirol, Neosalvarsán y limpieza de vías urinarias, el terror de la sífilis, agonías y suspiros, impotencia y suicidios, ojos llenos de codicia, manos impuras, misterios sórdidos de alcoba, jadeos y sudor, lamentaciones y un aborto, tuberculosis y novenas, balnearios e infusiones de hierbas, jaquecas falsas y cabezas como coronadas de espinas por dentro, oraciones y viático, arrepentimiento y miedo, confesión y colitis, reposos y opilaciones, la noria de los adulterios y los celos, las dudas, los parecidos de los niños a un extraño, la certeza del dinero, la solidez de las casas y las fincas o las acciones seguras, la segura salvación eterna comprada con responsos y las misas tardías del domingo, solemnes y tediosas. ¿Qué más es la vida?, pensabas. ¿Y para esto se molestarían los ángeles en tocar la trompeta del Día Último? Cerrabas «la habitación del catastro» con tres vueltas de llave. ¿Dónde estaban allí las muertas sonrisas de la infancia y de la adolescencia cándida: la casa de muñecas, los Reyes Magos, el rubor, los pájaros caídos del tejado, los «ahorí» del escondite, tardes de lluvia con los trenes eléctricos o leyendo cuentos, el aro, el corro, la perra Nola luego envenenada?

Y yo pensaba: ¿Y tu Dios, Tesa? El oratorio frío, las cristaleras rojas y azules coloreando los rostros de los que allí rezábamos y la carne atormentada del Atado a la Columna.

—¿Por qué está atado? —decía mamá que tú decías de muy pequeña.

Y mamá añadía que no sabía qué contestarte. El rosario somnoliento, la misa con bostezos, los movimientos de ropas y de espaldas para conjurar el frío, y «Santa María, Madre de Dios», cincuenta veces, de mamá. Y luego tu convento, hablando de amor cuando te fuiste y, luego, Lita, un día:

—Mamá, estoy enamorada.

—¡Qué cosas! —dijo mamá—. No digas tonterías, no te condenes.

Papá estaba recién muerto, hacía dos meses, y aquello era una indecencia: revolver su sepultura, hablando, en seguida, de tierras y de acciones, cuando su cuerpo estaba caliente todavía.

—No —dijo mamá—. Contratos no.

No más catastros, ni desfiles, ni coches de caballos o automóviles haciendo viajes de recreo, boda o funeral: acarreando cuerpos, quería decir mamá. Coches-cama, panteones, la otra habitación de siglos, tan siniestra, con sus anaqueles ordenados donde había muertos y sus fechas. ¿Te acuerdas?: «A los nueve años, a los diecisiete, a los veintiuno».

—¿Y eran tan guapas las mujeres? —decía Lita, mirando las fotografías.

Y, en el suelo del panteón, los servidores de la casa.

—No piséis ahí —decía papá.

Por primera vez dormían y descansaban, nos explicaba luego; porque en vida se habían levantado con el alba a encender lumbres y braseros, preparar desayunos, arreglar dormitorios, fregar excusados y servicios, la limpieza, el lavado, la plata antiguamente, la plancha, el añilado, la cocina, el comedor, los cuartos, la puerta, los corrales, «tráigame esto» o «corra a ver el niño», o «esta carta» y «comida para tres más», o «un vaso de agua», y «un jerez» u «otras dos camas», preparar el coche, las botas como espejos, los perros atendidos, los caballos, las aves. Papá lo había vivido, y nosotros no teníamos ni idea:

—No se duerma —si alguna de las chicas cabeceaba durante el rosario.

—Póngase de pie.

—¡Más brío dando cera!

—Lo siento, pero tiene que irse: queda despedida.

Y, entonces, sus miradas de condenados, sus lágrimas, quizás sus súplicas, y a veces el odio en

un portazo. Ya descansan.

—No —dijo mamá a Lita—. No esta boda idiota, no.

—Pero yo ya soy mayor de edad, mamá.

—Y quieres ser vizcondesa, ¿no? Pues pide un título.

Y Lita también daba su portazo, entre sollozos histéricos. ¡Lita! ¡Lita!

Pero estaba ciega porque la gustaba el mundo, y quería ser vizcondesa. ¿Por qué no oía la carcajada de papá, como nosotros, cuando le hablaban de las grandezas de este mundo? ¿Por qué no oyó a mamá?

—Piénsatelo, no te condenes.

Y era su instinto, porque sabíamos bien pocas cosas del vizconde, pero a mamá la daba el olor de la dote.

—¿Qué dote —decía Lita, enfurecida—, si no tenemos una perra?

Mamá no contestaba, pero luego repitió: —No más contratos, ni notarios.

Pero, ¿te acuerdas de don Julio, el apoderado? ¿Te acuerdas cuando venía a casa a traer papeles a papá, y nos asaba patatas? Le llamábamos «tío Julio», de niños, y para esta casa fue siempre el Ángel de la Guarda, que sabía de números y fincas, entendía de Bolsa y de escrituras, y había metido los brazos hasta el codo en «la habitación del catastro» para poner en orden todo.

—¡Lávese bien las manos, Julio! —decía mamá.

—Sí, señora. Muchas gracias. Esto es como un laberinto lleno de telarañas.

Pero, otras veces, se reía; y otras temblaba o temblabas tú mismo, cuando don Julio te contaba. Papá no había querido ver, ni saber nada. Sabía lo de la Chaba y apenas si podía cargar con ello.

—Léete estas cartas —me pedía don Julio con frecuencia.

¿Y para qué se conservarán algunas cartas y documentos, Tesa? ¿Para que nos devore el dolor de los muertos? Como las cartas de una «tía Mercedes», huérfana y millonaria, casada a la fuerza con un canalla y declarada incapaz por unos jueces: burla de los casinos, conversación en los burdeles, caso de las sacristías y las curias, curiosidad de los salones, y «Dios lo ha querido así, sométase a su esposo» de los confesionarios y los Ejercicios con frailes. Y, cuando al fin se rebeló, su alcoba estaba en los periódicos y fue risa de amigos y correveidiles de su marido; amenazas canónicas y, cada quince días, el correo traía un paquete, que contenía una sogá y un pliego: «El honor de su marido», y cartas de ruptura perfumadas, de antiguas amigas de colegio, lengua de prostíbulo y novena mezcladas. ¿Y resistió?

—Una mujer resiste todo, majo —me decía Luzdivina, cuando todavía era un muchacho. ¿Y Lita? ¡Pobre Lita! Mamá no pudo nada, y Lita padeció de nuevo la pasión y muerte de la tía Mercedes. Tardes enteras de los domingos con bisbiseos y llantos en el cuarto de estar junto a mamá.

—¡Sepárate!

—No puedo. ¿Adónde iría?

—Vete a un convento, vente a esta casa.

—¿Y Ángela, mamá?

Estaba Ángela, y por Ángela y por Lita mamá firmaba cheques, compromisos, adelantos a cuenta, hipotecas.

—¡Bueno, mamá!

Para que a Lita no la humillase el vizconde, ni la arrastrase por el fango, no hablase, no contase, no dijese, no la atase en la terraza o en la cama, no la llamase como a un perro en público.

—Mi mujer no tiene pechos.

—¡Ven aquí!

—Está como un alambre.

Con Ángela delante, con la servidumbre en corro. ¿Sabía mamá? Ángela estaba ahora con ella, y su padre pasó junto a ellas sin mirar. Nunca jamás vino a casa, y mamá se negó a saludarle.

—¡Lita, mis pastillas! ¡Lita, mis lentes! —reclamaba.

Envejecido, pálido, con manchas como de psoriasis en la cara y en las manos, vestido con frac,

condecoraciones, un pañuelo rojo en el bolsillo, abrazos a sus amigos, besamanos de las damas, y la frente perlada de sudor.

—¡Insoportable! —dijo Lita.

Y él, acercándose a un corro:

—Estoy recién operado del estómago.

—¡Mentira! —decía Lita a mi lado.

Y, luego, él, en voz muy alta como para que nos enteráramos:

—En cuanto la nueva pareja pase la luna de miel en Los Cabrales, ya haremos allí una cacería: bajan el jabalí y el zorro como nunca en los últimos años.

—No en mis días —rezongó don Julio, apretándose el brazo.

Pero, ¿no estábamos en sus manos? ¿No se estaba cobrando el marido de Lita y no era acaso Ángela el primer pago? La combinación era perfecta: con Ángela iría todo a manos de su padre, porque el esposo de Ángela sería un muñeco en sus manos.

Y mamá había firmado.

—¿Ha firmado, don Julio?

—¡Calma, calma! —decía sonriente— ¡Tranquilo!

Y mamá andaba brujuleando, divertida, por allí, de corro en corro. Pero, de repente, la cólera en sus ojos, cuando oye procacidades elegantes:

—Ya son otros tiempos, ahora...

—Ahora han hecho el amor cien veces antes de casarse.

—Antes era un curso en una noche.

Y risas comprensivas. Mamá con su sarcasmo:

—¡Qué maravilla!

Rostros corridos, cabezas gachas, bisbiseos y murmullos, y el bastón sobre el que se apoyaba como el de Charlot. Ángela corrió a su encuentro, y mamá dijo:

—Ya tendremos que esperar poco tiempo.

Y, luego, cuchicheos al oído entre las dos y sonrisas. Más coches con invitados, y la aparición de éstos; presentaciones, risas. El novio con el padre de Ángela: zapatos de lagarto, frac y gafas de oro, cara oscura, ojos oscuros, nariz afilada, espesas cejas, corbata color crema, rostro inexpresivo.

—Puede ser subsecretario —dice alguien. —Es hijo de una prima mía —aclaró el padre de Ángela.

—Ángela estaba todavía hace un mes en un internado suizo. Ha sido un verdadero flechazo —explicó el novio.

Todos ríen, y Lita ve a mamá y a Ángela sentadas en el pretil y corre allí como si hubiera algún peligro.

—¿Por qué os sentáis, mamá? Esto no está limpio.

—No me hagas reír, hija. ¡Hablando aquí de limpiezas!

Luego cuchichean, y la pregunto:

—¿Qué te dijo?

—¿Y Ángela?

Y yo la contesté que yo no tengo nada que ver en esto, bien lo sabes.

—Pues yo sí —saltó mamá a nuestra espalda, y volvió a acercarse a Ángela tomándola del brazo y haciéndola sonreír. Mamá dijo—: Te pareces a la tía Tesa, el día que tomó el hábito.

—Es una aventura de oración y de amor —me confiabas.

Pero, ¿qué quieres que entendiera yo a mis diecisiete años, sino que se iba Tesa para siempre? Y, entonces, me besaste y añadiste:

—No llores; ya entenderás.

Me acuerdo bien del madrugón tan frío de noviembre, el patio del convento, helado; aquella gran puerta y su chirrido que abrían paso a aquella sala inmensa y también tan fría, y al fondo la reja de clausura con la puertecilla practicable en ella por la que tú pasarías para encerrarte para siempre. Ibas vestida de novia con un ramo de peonías entre las manos, y andabas erguida y despacio, sin

mirar a nadie; una corona de cristal de Murano sujetaba tu velo y, según te ibas acercando a la reja, parecía un aro de luz: o de ascuas, porque reflejaba las docenas de cirios que las monjas sostenían en sus manos al otro lado de la reja o lucían en pequeños candeleros de latón dorado puestos en fila junto a la pared tan blanca con aquella cruz desnuda en medio. ¿Qué cantaban? Aceleraste un poco el paso al atravesar la reja, y luego te hincaste de rodillas con la cabeza inclinada. Tu cabellera rubia bajo el velo y aquellas luces, las sonrisas monjiles, sus ojos quizás maravillados, luego su rezo, y el silencio. La priora descubriendo tu cabeza y el ruido de sus tijeretazos sobre los mechones, que iba depositando en una bandeja de plata. Luego, en unos breves minutos de un silencio más profundo aún, entraste por aquella puertecilla del muro y volviste a salir ya con tu hábito y tus tocas, y ahora un ramo de rosas en tus manos. Y, en seguida, los abrazos y besos entre nosotros. Mamá llorando, papá muy serio, conteniéndose; y Lita diciendo:

—¡Como una novia!

—No seas infantil, Lita —dijo papá—. Esto es muy serio.

Otro silencio, y luego conversación excitada e intranscendente como en los grandes momentos. Y, cuando te acercaste a la reja, te dije:

—¡Adiós, Tesa!

—¡Adiós! No llores; no me muero.

Y, luego, vuestro desfile hacia dentro.

—¡Chas! —hizo la puerta.

Y ¿sabes? Siempre estuvo en mi corazón ese golpe, y nos contagiaste a todos, vaciaste el mundo en que vivíamos. Arruinaste la cocina, cerraste los armarios, metiste el coche en el garaje como una antigualla: decoloraste la vida entera de la casa, porque nos enseñaste que todo era innecesario al atravesar aquella puerta.

Mamá llamó al convento por teléfono a la mañana siguiente para preguntar si habías pasado frío aquella noche; y la voz de la Priora, dulce, extraña, alegre, dura:

—Sí, señora. Nuestras jofainas estaban heladas al levantarnos.

—O algo así —dijo mamá. Y colgó.

Luego, el desayuno sin hablar, y sin abrir las cartas, ni desplegar los periódicos. Y tu servicio, allí, en tu sitio.

—Llévese este servicio. La señorita Tesa se ha ido al convento —dijo papá.

—Sí, señor.

—¿Y la tía Tesa? —preguntó Ángela cuando mamá estaba todavía bajando del coche, o casi, y se echó a su cuello.

—Bien —contestó mamá—. Te mandará un regalo. —Y en seguida explicó—: Este ramo de lilas es para la Virgen, y hay unas peonías para la tumba de tu abuelo, en el coche. Se las llevaremos.

—¿Se las llevamos ahora, mamá?

—No, luego. Los muertos siempre esperan, Lita.

—Sí —dijo Lita mientras la asomaban las lágrimas.

Todas las mujeres de nuestra familia han tenido el pelo rubio o castaño muy dorado, y cuando Ángela preguntó por ti y mamá volvió un poco la cabeza, me parecía divisarte acá o allá. Aunque bien sabía que no eras tú, ni podías serlo.

III

—Es la segunda mujer de la familia que se casa: la primera, Lita, su madre, y luego ella.

—¿Y usted, doña Teresa?

—Yo no he estado casada nunca.

—¡Pero mamá...! —protestaba Lita.

Y todos se reían, pero mamá les explicaba:

—¿Acaso me pidió vuestro padre que me casara con él? —Y se contestaba ella misma—: No. ¿Acaso hubo negociaciones y compromisos, dineros y dotes? No. ¿Acaso tuve pulsera de pedida, o hice yo a vuestro padre algún regalo? No. ¿Acaso hubo ceremonias y banquetes? No. ¿Acaso hubo viaje de novios? No. Ni nada de nada. El celebrante, tu padre y yo, y otras dos personas en el oratorio, y la vida diaria esa misma tarde.

La tribu de los hombres de negocios y los ingenieros, los médicos, los notarios, los propietarios y los cazadores, las damas y las jovencitas, y también los jóvenes caballeros mostraban sus dentaduras caras al reír. Y eso era lo que a mamá más la entusiasmaba: las sonrisas de un millón de pesetas por lo menos, que a todos hacía reír o sonreír ante todo. Y luego sus «¡ah!», y los gritos de las mujeres; y el «esto valdrá un dineral», o «ya no se hacen estas cosas».

—¿Para qué? —contestaba mamá siempre. Pero ahora aclaró—: Ese día de mi matrimonio tu padre volvió al frente y, cuando le volví a ver año y medio después, ya no tenía un riñón.

—¡Con los nacionales, claro! —dijo alguien.

—Con ninguno. —Se paró un momento y añadió—: Nosotros no estamos nunca con ninguno. Siempre estamos solos.

—¡Mamá! —dijo Lita.

Les enseñaría la casa más tarde, estaba yo pensando: el oratorio y la biblioteca, sobre todo; o las plantas de su invernadero, que no tenían siquiera en Estufa Fría de Lisboa. Siempre lo decía mamá, ¿te acuerdas? Y mostrarían un rictus de extrañeza ante todo: ¡Cuánto libro! Creerían que eran tesoros los encuadernados en becerro; se alzarían de hombros ante tanto latín.

—Y todo este armario entero es de poesía —diría mamá, desafiante.

Luego, en el oratorio, el Atado a la Columna, cárdeno y sanguinolento, y la talla de Santa Catalina con su rueda.

—Era una filósofa —diría Lita.

—Y lo era —repetiría mamá.

Pero, en seguida, me diría por lo bajo como tantas otras veces:

—Éstos quieren ver otra cosa.

Y los llevaba a los cuartos de baño: azulejo blanco, media bañera, ducha, y un pequeño espejo. Silencio y desolación, entonces, en los que miraban, como ante los espartos por alfombra en muchos lugares de la casa. Hasta que encontraban la palabra cortés y mentirosa:

—¡Interesante!

—Muy austero.

—La casa es grandísima, un palacio.

Y los «¡oh!» de admiración hacia la Principesa.

Pero mamá dijo que estos invitados no necesitaban ningún experimento. ¿Para qué? Ya estaban vistos: que comieran.

—Desde aquí al hotel, y cuanto antes.

Porque los más desasosegados se apartaban para mirar disimuladamente su reloj, pero no

ocultaban su ir y volver, acercarse y retirarse de uno y otro corro, asomarse al pretil, ajustarse su traje o su vestido, como los pájaros se desazonan en la jaula. Y Lita, preocupada, temerosa, con nervios.

—¡Mamá, casi la una!

—¡No exageres! Los señores están entretenidos.

Una mujeruca vestida de luto y llevando un asno por el ronzal pasaba por allí abajo. Dos niñas muy morenas y con coletas iban sobre él y sujetaban un hacecillo de leña.

—¡Cómo vive esta gente todavía!

Y otros:

—Así son felices.

—¡Quién sabe!

—Pero es un atraso.

Y sonrisas. Luego pasa el viejo cura de La Torre, con su sotana corta y sus botazas, su boina, su paraguas, andando a trompicones.

—¡Ya bajo yo, don Teófilo! —dice mamá.

Hablan quedo, y se ríen; y el cura entrega a mamá una llave grande: la del cementerio. Más risas y se despiden. Y tras el cura que ha seguido andando se pone una fila india de vacas con sus crías. Y van, como siempre, pensativas y lentas. Yo creo que les debe de parecer una estampa idílica; los cencerros rompen con un sonido melancólico el silencio de la mañana allá abajo en el pueblo, pero, ¿te acuerdas de que a nosotros las vacas y los burros, andando así despacio, como somnolientos, nos parecían las ánimas? ¿Quién nos lo dijo? Nos preocupaba esa como tristeza de los animales, incluso cuando pastaban, ¿te acuerdas?

Y llegó entonces Luzdivina desde la finca, en el coche del cartero: sonriente, un poco agitada.

—Ya está todo, señora.

—Ésta es mi Luzdivina —dijo mamá, orgullosa.

Pero no saben qué hacer, mientras Luzdivina sonríe, toda encarnada, con las manos enlazadas. Como cuando espera en el comedor o donde sea a que muestres el más pequeño deseo, o te lo adivina. Se sigue peinando a moño, como cuando estabas, y no tiene en la cara ni una arruga. Ni en las manos.

—¡Ay, majo, las manos lo que cuestan! —decía.

¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas cuando nos contaba que en la otra casa donde había servido tenía que estarse con los brazos en alto mucho rato para que las manos se la pusieran blancas antes de entrar en el comedor a servir la mesa?

—Pero ¿y los sabañones? Vosotros no sabéis lo que son los sabañones.

Y que por ellos la habían despedido:

—Aquí y aquí, y sobre todo el dedo pequeño y el del medio de la mano derecha que no los podías ni estirar.

Se miraba los dedos, abría y cerraba las manos, ahora tan blancas y tan frágiles.

—No parecen más. Pero que no os toque servir nunca, a vosotros ni a nadie: como a mí. O a Tesa, si se casa un día, aunque sea señorita. ¡Que no la toquen ciertas cosas!

Y, cuando te ibas a ir al convento y comentabas que allí, naturalmente, tendrías que fregar los platos y cacerolas e ir al lavadero, decía Luzdivina:

—¡Ay, sus manos, señorita Tesa! Ya se puede despedir de ellas. Aunque las manos estropeadas son a lo mejor las manos más qué sé yo. Como las de la Chaba —añadía luego—. ¡Qué manos! ¡Si hubierais conocido a la Chaba!

Y nos enseñaba una fotografía de ella, ¿te acuerdas?: donde estaban las dos: Luzdivina y la Chaba delante de unos caballitos del tiovivo, en una feria.

—Ésta es la Chaba, y ésta soy yo; ¿quién lo iba a decir? —decía Luzdivina, señalando con el dedo.

No decía más, y nunca pronunció otras palabras que ésas sobre la Chaba. Pero ¿te acuerdas tú de Feli, el jorobadito que hacía los recados y limpiaba el jardín, y que papá quiso que estudiara y se

murió? Tienes que acordarte. ¿Te acuerdas que no podía correr, cuando jugábamos «a dar»? Pues resulta que Feli era el hijo de la Chaba, y su madre se fue en sangre al darle a luz.

—Allá arriba, majo, en donde estaban antes los cuartos de las criadas, junto a los trasteros.

Había ocultado el embarazo en la casa a todo el mundo, y nadie supo quién había sido el padre, como no echaran cuenta luego de quién no volvió a poner los pies en la finca porque papá se lo prohibió y jamás le volvió a dirigir la palabra, decía también Luzdivina.

—¿Y por qué señalar, si tú no lo conoces? —me respondía cuando yo la preguntaba.

Pero estaba en la boda: viejo, enteco, apergaminado, con un bastón de ébano y las manos llenas de anillos; hablando de artistas de cabaret con jovencitos que le reían sus historias contadas en voz baja, pero de las que de vez en cuando surgía una palabra equívoca que producía la risa: piernas, sostén, cansancio, pasión, o «la dejé plantada».

—Ése es —susurró Luzdivina.

—¿Y qué tenía en las manos la Chaba? —la preguntaba yo, cuando me contó su muerte.

Y Luzdivina cogía entonces en su respuesta esa carrerilla de las palabras que a veces la salían a borbotones, ¿te acuerdas? Y decía que esas manos eran blancas y maravillosas, y que si te agarrabas a ellas ya podía pasarte cualquier cosa, que nada te podía pasar, aunque luego a ella la pasase lo peor. Y se la saltaban las lágrimas a Luzdivina recordando, porque la Chaba había sido para ella como su madre cuando se puso a servir en aquella casa, que todavía era un retaco y una cosa menudita, y me decía mi madre: Luzdivina, hija, lo único que te digo es que nunca te olvides de tu pobre madre, mientras vivas; ni tampoco de lo que te he enseñado, cuando yo esté ya bajo la tierra. Aunque luego, ¿para qué te sirve, si eres una chica de servir y te puede pasar lo que a la Chaba? O aunque seas una señorita, a lo mejor, o hasta una monja; si no puedes defenderte de los hombres, ¿para qué te sirve? Como de nada la sirvió a la Chaba y, cuando la asaltaron y la ocurrió la desgracia, todo lo pagó con llorar a escondidas y ceñirse para que no lo notase nadie, ni tampoco su vergüenza y su tristeza, y el no comer apenas, ni dormir, y las bascas que tenía, que sólo luego te das cuenta, no fuera que la señora la despidiese como tenía que despedirla y, cuando ya no pudo más, fue allá arriba a acostarse en un jergón, y allí nació la criatura: el Feli, como el Niño Jesús; y nació torpe o mal hecho por la mala sangre de los que la asaltaron a la Chaba: jorobadito y débil, con los brazos y las piernecillas de alambre, que así no podía agollecere y agollecí bien poco tiempo, porque era ya un ser marcado por el dedo de Dios, y Dios se lleva siempre a los que ha marcado con su dedo. Aunque ella se la llevaría a la criatura, atragantada en su agonía en aquella noche solitaria en que murió mientras dormíamos, y allí nos encontramos luego a aquella flor destrozada por un retozo de hombre, como siempre. Porque siempre nosotras nos encontramos indefensas, las mujeres, como las criaturas de tres años; y no sólo las que tenemos que servir a señores, sino todas, a la voluntad de los hombres que nos mandan, y como atadas siempre a la cocina, al fregadero, al suelo, a las esperas y a las velas, a la cama y a los curas, a los partos y los niños, los enfermos y los viejos, o los muertos; sábanas y ataúdes, fiebres y estar indispuestas y embarazos o las toses y ahogos que tenemos, y no puedes librarte, ni esconderte, y sólo puedes sacar la retahíla muchos días, a ocultas; aunque a veces cuando ves que la señora a la que sirves llora, y comienza a tirar de la manta de su vida, también alguna señora de éstas te parece la Dolorosa con el pañuelo entre las manos, que es tan triste.

—¿Y por qué no habló la Chaba? ¿Por qué no hablasteis, Luzdivina?

—¡Qué manos! —dijo el señor Juez, que vino a levantar el cuerpo de la Chaba. Pero, ¿cómo íbamos a hablar, si no sabíamos?

Y decía Luzdivina que todas estas confidencias eran sólo para mí: por que lo sepas, y también todo lo que os quiero a todos los de esta familia vuestra, que es lo único que yo tengo en mi vida hasta que ya no sirva para nada. Pero no son conversaciones éstas, decía finalmente; aunque siempre volvían a salir, cuando estábamos solos a lo mejor en la cocina para que me hiciera una tortilla, como nos las hacía a los dos, cuando tú estabas: ¿te acuerdas? Y a Tesa no la digas estas cosas nunca, porque una monja no debe saber lo que es el mundo para que no le coja asco. O a lo mejor lo sabe y por eso se ha ido monja, y está allí tan sola de rodillas ante una cruz en la pared de

su celda, y detrás de las rejas con púas en las ventanas.

—¡Niña, niña! —la dijo a Ángela, en cuanto la vio.

La dio dos besos, y luego pareció que iba a llorar, pero mamá intervino:

—¡Luzdivina!

—Sí, señora —contestó ella, reprimiéndose. Volvió a sonreír, y con el pañuelo que ya tenía entre las manos se sonó la nariz.

—Debe de ser la gobernanta —cuchichearon algunos invitados.

—¿Y si llueve, mamá? —preguntó entonces Lita.

Porque el sol se había ocultado de nuevo, y caían algunas finas gotas: ni chirimiri siquiera, sólo era como esa cortinilla de agua que se desprende a veces de un nubarrón. Como cuando había neblina húmeda en invierno, no como esos cuantos goterones que caen también de las nubes en verano. Pero un alboroto y un disgusto que no podían disimular: peor que si hubiera sido un chaparrón, porque se perdía la compostura corriendo a grandes zancadas hacia la iglesita, o con gestos sin controlar y, apenas habían echado a correr o habían iniciado esos gestos, ya había dejado de caer el agua. Debían de sentirse ridículos:

—Es lo que tienen estas bodas en el campo.

—¿No dicen que tienen oratorio en la finca?

Se morían de ganas de ir allí a fisgar, y se preguntaban unos a otros si es que no se veía nada de la finca desde aquí. Y ya sabes que no se ve nada para quien no la conozca como nosotros: el resplandor blanco entre los pinos, la espadañilla del oratorio. ¿Te acuerdas cuando volvíamos a casa desde algún sitio y decía papá que apostásemos a ver quién la veía antes?

—¡A ver quién ve, el primero, el palomar!

Y así continúa la casa, toda blanca, con sus esquinas de ladrillo y lo mismo los dinteles y jambas de puertas y ventanas: como siempre; y el pradillo rodeando a la casa, igual. ¿Te acuerdas de aquella hierba, tierna y húmeda, de los abriles y los mayos sobre la que tanto nos gustaba sentarnos o tumbarnos? Pues sigue ahí. Mamá decía:

—Vais a coger un constipado, o un reuma.

—¡Mamá!

Y también las lilas siguen ahí junto a la ventana de tu cuarto, aunque ha habido que podar el lilo porque iba ya llegando a los cristales, y el sauce sobre la piedra de molino se ha hecho grandísimo y cubre casi por completo el toldillo. ¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas lo que pesaban las sillas de hierro, que no podías casi moverlas para acercarte a la mesa, a la hora del desayuno? Y, mientras desayunábamos, papá comenzaba ya la clase de latín que nos daba en el verano. Las tostadas, el té, el café, la mantequilla, el bizcocho.

—¡Falta el libro! —decía Luzdivina a las otras chicas.

Y ya estaba allí sobre la mesa el libro de donde traducíamos, cuando nosotros llegábamos. Y la leche, claro; la leche con telena:

—¡Qué asco! —decías tú.

—¡Esta chica es tonta! —decía mamá.

Y Lita se ponía en la tostada la telena y luego echaba encima mantequilla y azúcar, o miel, o mermelada.

—Te vas a poner como una bola —decía mamá.

Y a ti, sin embargo, que comieras.

—Siquiera algo de fruta, Tesa.

—¿La hago un zumo, señorita Tesa? —preguntaba Luzdivina.

—¡Bueno, un zumo!

—Esto es una perifrástica —decía papá.

Y mamá con el periódico abierto, pero hablando de verduras, carne o pescado con Luzdivina, como si eso fuera lo que estaba allí leyendo. Cerraba el papel entre los dedos y comentaba:

—Es lo mismo todos los días.

Y lo dejaba sobre la mesa, desilusionada, insistiendo en el menú.

—Lo mismo da —decía papá.

—¿Y aquí la mezquindosa? —te preguntaba.

—Se va a poner tuberculosa o anémica por no comer —decía Lita.

—¡Mamá, que haya sardinas! —decía yo.

—¡Sardinero! —decía ella.

—Homo piscator —comentabas tú.

—Termínate el café con leche por lo menos —te ordenaba mamá.

—¿Te das cuenta que la herrumbre de hierro parece sangre? Pues en eso pensaba Horacio.

—¿Pescado o carne? —preguntaba mamá.

—¡Qué pesada, mamá! Lo que quieras.

—¡Sardinas! —volvía yo a decir.

Te tomabas un trozo de bizcocho, por fin.

—¡Cuántos querrían este desayuno! Estás ofendiendo a Dios —te volvía a decir mamá.

—¡Ya lo creo, señora! —terciaba Luzdivina.

Estaba hermosa Luzdivina con su uniforme negro y su cofia y delantal tan blancos. Te fijabas, luego, en ella, cuando ya Lita y tú no estabais, y los desayunos transcurrían casi en silencio. Papá no abría el periódico.

—¡Qué asco!

—Lo de siempre —comentaba mamá.

Y si papá estaba melancólico, y mientras mamá hablaba del menú con Luzdivina, te fijabas en ella, siempre sonriente, con su pelo tan negro y tan brillante, sus manos tan cuidadas, tan lentas a veces como si llevaran el viático, tan hábiles, tan escurridizas, tan ligeras, tan revoloteadoras, otras, que parecía que hacían prestidigitación hasta con las bandejas y los platos. Y sigue siendo hermosa a los sesenta; sube todavía los escalones como un gamo, y todavía se azora y se pone colorada por cualquier cosa. Mamá tiene que reñirla para que no madrugue tanto.

—Hay que dormir, que usted trabaja.

—Ya dormiré cuando me muera, señora.

—Eso no está bien, Luzdivina.

—¿Y cuántas horas dormirá Tesa? —estuvo preguntando mamá durante meses, cuando te fuiste al convento.

—¿Y ahora qué hará? ¿Y ahora?

Llegó el señor Juez con su cartera, y en seguida le cercaron algunos invitados; pero era hombre parco en gestos, silencioso. Sonrió a mamá como si fuera cómplice de algo. ¿Se conocían? ¿De dónde? ¡Qué sé yo! Después de la boda de Lita tuvimos en casa tribus enteras de abogados y expertos, y algunos de los que habían ido allí, estaban ahora aquí: los conocías. Pero mamá nunca quiso hablar con ellos, y ahora no parecía notar siquiera su presencia. Se dirigían entonces a don Julio:

—Un par de detalles todavía.

—No hay nada que aclarar —dijo don Julio.

—Pero usted nos garantizó que aportaría el testimonio.

—Exacto.

—¿Entonces?

—Luego, después.

Y, como en el corro de al lado estaban extendiendo actas de caza en su jerga, el olor de aquellos muertos les atraía.

—¡Tranquilo! No estamos en sus manos —me susurró don Julio.

IV

La memoria de las cacerías que estaban invocando era como una sábana sobre la que yacieran los antiguos cadáveres y piezas: «Matamos siete, matamos veinte, matamos qué sé yo, las acosamos». Y «se escapaba, pero le abatimos» o «a cuchillo», y «un rastro de sangre que se perdía en la maleza». Se levantaba de aquel corro un olor dulzón y resplandores rojos, y veías los patos caer precipitadamente, las perdices con sus patas estiradas mostrando el rojo vivo con que iban calzadas, las liebres que, muertas, parecían más tímidas, porque las iban poniendo allí en montón como en ofrenda; y oías el ladrido de los perros excitados con el olor de la sangre. Veías las escopetas humeantes, las sentías calientes en tus manos, y veías las cananas puestas en el suelo como trofeos. Nunca fui a una cacería y nunca nos dejaron, de niños, ver un animal muerto. ¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas de la excursión de aquel año, que dimos un rodeo de quince kilómetros para no encontrarnos con los cazadores? En cuanto oímos sus gritos y el ladrido de los perros papá dijo:

—Hay que alejarse y tomar otra carretera.

Pero todavía los vimos a lo lejos, desplegándose como un ejército. El sol estaba aún bajo y húmedo el aire: parecían muñecos.

—¡Pero matan! —dijo Luzdivina.

Contaba que allí arriba, cerca de los trasteros, había otra habitación llena de escopetas y cananas, cartuchos y reclamos, trampas y cepos, cañas de pescador y sedales, fotografías, perdices y zorros disecados, que luego mandó enterrar mamá después de hacer una fogata con todo ello. Y, más tarde, hizo guardar allí las máquinas de coser y los fonógrafos, las bicicletas viejas. ¿Te acuerdas?

—El precio de ese coto no es alto —calculaban.

Pero nosotros teníamos el río, todo nuestro; y aquella casucha de guardar aperos en la que Lita se hacía fuerte y era Cleopatra, cuando jugábamos a romanos y bárbaros, ¿te acuerdas? Y tú y yo queríamos ser anacoretas, y decía Lita:

—¡Que aburrido!

Teníamos llena la casucha de nuestras cosas, y pasábamos allí las horas muertas después de bañarnos y buscar nidos, para verlos; o escalar por allí las cuestras, hasta que un día dijo Luzdivina:

—Os digo que no volváis. ¿No sabéis que es el lugar donde acosaron a la Chaba y su martirio?

—¿Qué martirio? —preguntó Lita.

Pero silencio. Y luego todos estos años he pensado muchas veces en tirar la casilla, pero mamá se opuso, y allí están tu bicicleta y tu diávolo, y los patines de Lita, mis botas de fútbol, las raquetas; y como si se acabaran de dejar allí, según los ves por la ventana al pasar cerca y te tienta asomarte.

—¿Y aquello? —preguntaban ahora algunos.

Ya sabes que desde la parte de atrás de la ermitilla se ve el camposanto del pueblo: la parte oeste de la tapia con la parra roja que papá había sembrado, y sobresalía por encima de ella.

—¡Pero tendrán ustedes panteón! —decían algunas mujeres.

—¡Claro! —contestaba Lita.

Creían al principio que era un chalet el camposanto, y quedaban algo corridos al saber la verdad: todos callaban. Papá había querido borrar en aquella tapia las huellas y recuerdos amargos de la guerra, que nosotros escuchábamos aterrorizados, ¿te acuerdas? Briznas de conversaciones, y llantos sorprendidos; pero no sabíamos. Cuando la luz fallaba por aquellas frecuentes averías en el tendido eléctrico, y también nuestra batería se negaba a funcionar, se encendían los carburos, los quinqués, los velones, las hachas, la fogata de la cocina misma, y había las sombras. Y, entonces, esas briznas o retazos de conversación sobre todo entre las chicas y los criados, ¿te acuerdas? Pero

no sabíamos, aunque olíamos a muerte. Y luego fueron los pobres que dejó aquella guerra, pero tú ya no estabas porque andabas en el colegio casi siempre.

Mamá se levantaba «a sus maitines», como ella decía: a poco de clarear el alba; y, los lunes, mucho antes. A mí mismo me despertaban aquellos pobres que llegaban y se ponían a lo largo de la verja con sus bisbiseos y sus ayes, sus bendiciones sobre la casa, suspirando, invocando a Dios y a los muertos.

—El teatro —decía algunos días Luzdivina.

Cuando la lumbre ya estaba encendida en la cocina de abajo: la que está en los corrales para la matanza, abría Luzdivina el portillo de atrás de la huerta, y hasta allí se desplazaba aquella masa quejumbrosa. Se arrimaban los dos grandes escaños al hogar y, luego, frente a él, se ponía aquel banco largo que parecía de iglesia, y tiene tallado un escudo de colores. Y allí se iba sentando aquella gente, siempre con frío y arrecida hasta los huesos, quejicosa y llorona, pero que se daba codazos para hacerse sitio ante las llamas. Se secaban sus ropas, aunque fuese agosto seco, y de ellas salía un vaho de olor agrio que sólo mamá podía soportar tranquilamente, mientras aquellos rostros y manos se enrojecían, y sus mismos andrajos mostraban una tonalidad roja en los harapos más blancuzcos. Sus sombras bailaban en las paredes de la cocina según la intensidad de la llama, y entonces sí que parecían las ánimas del Purgatorio; pero ellos, con las manos extendidas hacia el fuego, o cruzadas luego sobre el vientre, te parecían como canónigos desastrados recitando ristras de padrenuestros por las almas de todos nuestros difuntos, y para que a mamá y a nosotros se nos concediera larga vida. Y vuelta, luego, a las lamentaciones y ayes, de cuando estaban entrando y acomodándose, sobre el reuma y los ojos, las piernas o los intestinos, el calor y el frío, o las humedades. Pero sólo por unos momentos, porque la fogata alzaba en seguida en ellos como relinchos de lujurias y risas descompuestas.

—¡Estáis muertos de hambre, y no pensáis en otra cosa! —decía Luzdivina—. ¡Se acabó! —añadía luego.

Y se hacía el silencio, porque además entonces entraba mamá en la cocina, y ellos se levantaban, ceremoniosos, diciendo que era una santa y desgranando de nuevo bendiciones.

Pero mamá pronunciaba la palabra mágica:

—¡Dejaos de santidades! ¡Ya están preparados los paquetes!

Y allí estaban los paquetes sobre «la mesona», como la llamábamos, ¿te acuerdas?: la que estaba y está adosada a la ventana y está hecha de dos grandes tablones de nogal, sobre la que nos decían que se habían matado corderos, y ni la tocábamos de horror que nos daba, ¡pobrecillos!

—Y otro padrenuestro por la señorita Tesa —insistían.

—Está en un colegio, no está muerta; por si no lo sabéis —decía Luzdivina.

—Pues para que se case bien y tenga muchos hijos.

—No se piensa casar, por si os interesa tanto.

—Pues para que esta casa se sostenga.

—¡Dejaos ya de rezos! ¡Se acabó!

La odiaban a Luzdivina, y se quejaban a mamá diciendo que parecía ella la señora de la casa, y los trataba mal, que ni rezar les permitía. Pero, en seguida, afirmaban que era un ángel y una santa en el fondo, cuando, antes de que mamá bajara a distribuir los paquetes, les servía el desayuno de café con leche y pan. Lo devoraban, hozando en los tazones, y paladeaban luego ruidosamente, eructaban satisfechos:

—¡Qué rico!

—Os debía dar vergüenza comer como cerdos —decía Luzdivina.

Pero se reían y se limpiaban sus bocas con el envés de la mano, o con la manga de su jersey o chaqueta, o con trozos de telas que usaban como pañuelos y sacaban de sus andrajos, para eructar de nuevo:

—¡Que aproveche! —se felicitaban entre ellos.

Y abría Luzdivina la ventana, entonces, aunque estuviese helando, para que todo aquel olor a miseria y café y leche se airease; pero tenía que cerrarla en seguida si oía una tos, porque volvían a

maldecirla querellándose de que quería matarlos con una pulmonía, sobre todo a los niños; y a Luzdivina se la encogía el corazón. Así que, en cuanto bajaba mamá, decía:

—¡En fila y sin rechistar!

Porque se volvía a levantar el coro de las bendiciones:

—¡Buenos días, señora! ¡Dios se lo pague y la dé mucha salud!

Y no acababan nunca, pero en cuanto cogían su paquete lo desenvolvían allí mismo, y mostraban su desencanto o hasta protestaban. Exhibían su avidez por el tocino y su desprecio del chocolate, o su extrañeza de encontrar allí unos escarpines de lana, una bufanda o unos guantes. ¿Para qué?

—¡Cómo si fuera un insulto! —decía Luzdivina.

Se ponía como el ángel vengador del Paraíso a la puerta de la cocina, y los apremiaba:

—¡Hale! ¡Con Dios y de prisa!

Y, cuando salía el último, comentaba: —Aquí huele a salvajina; cada vez se lavan menos.

Pero decía que algunos días se tenía que quitar de allí de la puerta porque se la partían las entrañas con los niños, que aquellas gentes traían para inspirar más compasión, aunque ellas no la tenían con ellos y ni dormir les dejaban ante la fogata: los pellizcaban para que no se durmieran, pero dejaban que se durmieran cuando oían el ruido de los tazones. Y lo peor era, sin embargo, cuando, asidos a las faldas de las mujeres y según iban a salir por la puerta, volvían los ojos atrás hacia la lumbre, y había que arrastrarlos hacia fuera.

Daba un portazo Luzdivina tras el último que salía y, para que no la venciese la compasión, decía a las otras chicas:

—¡Y, ahora, a limpiar, que esto parece una cuadra!

Se ponían los guantes para echar en un caldero con agua hirviendo aquellos tazones relamidos, y escaldarlos; dar luego de cera a los bancos y a la mesa y al piso, repasar los azulejos del zócalo, echar zotal como en las cuadras y en los hospitales, y quemar en la lumbre todos aquellos papeles de envolver y cintas para atar que mamá compraba como para regalos y con los que ella y Luzdivina hacían pacientemente los paquetes el domingo por la noche, uno por uno, repasando la memoria de lo que cada uno podía necesitar.

—Por estos contornos, en todos estos pueblos, había antes mucha pobreza, sí señor —contestó Luzdivina a alguien que la preguntó—. No lo sabe usted bien: casi todos eran pobres.

Y esa afirmación de Luzdivina resonó como si fuera no sólo una inconveniencia, sino algo resueltamente obsceno. Así que hizo volver muchas cabezas hacia el corro donde estaba

Luzdivina con mamá y con Ángela, que ya no sabía qué hacer con su vestido o disfraz como el actor primerizo que se sitúa junto a la entrada del escenario mucho tiempo antes de que le corresponda entrar y ya no sabe cómo componer con su indumentaria, y ha olvidado el papel. O más bien era una niña —eso es lo que era— a la que habían llevado a una fiesta y ya sentía deseos de que ésta acabase. ¿Y qué la podías decir a Ángela? Te miraba sonriéndote, y te hacía bajar los ojos. ¿Qué podías decirle? ¿Que la habíamos vendido? El marido de Lita ha llenado sus tertulias y sus cacerías con sus burlas sobre nuestra ruina y la almoneda que tendríamos que hacer de todo, incluida la finca, que ofrecía tan buena caza, y decía:

—Y está virgen, porque allí nunca ha tirado nadie un tiro.

Y es cierto: nadie. Y es seguro que ese asunto de nuestra ruina había divertido a muchos de los que habían venido aquí, a la boda, como a la venta de Ángela. Y quizás se relamían al pensar en la presa que obtendrían cuando vendiéramos hasta nuestra vajilla italiana de plata.

—¿Qué vajilla? —decía mamá.

Soltaba entonces una de sus carcajadas, limpias y alegres como de niña, ¿te acuerdas? Porque no había vajilla italiana de plata, y el marido de Lita estaba haciendo cálculos fantásticos.

Abría mamá el armario de la cocina donde estaban los pucheros, cazuelas, asaderas y paelleras de barro, y decía divertida:

—He aquí la vajilla de plata italiana de tu cuñado.

Había y hay en casa cosas mucho más valiosas que la plata, aunque sean platos de barro pintados, ya lo sabes de sobra, y mamá decía:

—Antes de que salgan de aquí, cojo una piedra y los hago añicos.

—¡Mamá!

—Es verdad. ¡Perdóname! Hay mucha gente a quien dárselos, empezando por Luzdivina.

—¿Yo, señora? Yo soy de esta casa, y ya los tengo.

A mamá la encanta esta espontaneidad y este amor de Luzdivina, que ni comía ni dormía cuando el marido de Lita nos puso el cerco estos años, y comenzó a extender lo de nuestra ruina. Así que mamá salía allí de vez en cuando con algunos de sus sarcasmos, sobre todo a propósito de los coches.

—Como ahora todo el mundo es comerciante, tiene un buen coche para los negocios. Nosotros tuvimos un Rolls el año veinte, y no sabíamos qué hacer con él. Tuvimos que venderlo.

Y era verdad. Papá vendió el Rolls, y prefería un «forito» descapotable. Pero aquella gente abría unos ojos como platos.

—Y ahora los coches parecen escarabajos, o ascensores, o ataúdes —continuaba mamá.

Y todos se reían, pero entonces ella advertía—: No, no hay que reírse. Sabe Dios los que volveremos sanos a casa de los que estamos aquí.

Te tenías que reír por dentro ante los músculos y los colores de los rostros que cambiaban esas palabras de mamá.

—¡Mamá, por favor! —decía Lita.

—¿Es que no te piensas morir, hija?

Y se reía, apretando a Ángela contra ella, y reía Ángela. Como si estuvieran representando un papel. Eso es lo que parecía.

V

Todavía en los años sesenta venían pobres, aunque ya no era el desfile de aquellos lunes de que te hablo; pero mamá, que nunca había madrugado otros días que el lunes hasta que te fuiste al convento, era ahora como si siguiera esperándolos cada mañana o qué sé yo. Te la encontrabas, más de una vez, con la luz del alba, sentada en el sillón orejero y, si Luzdivina no la había oído y no se había levantado, se quedaba allí ante la chimenea apagada y te dabas cuenta de que había apagado los radiadores, pasando frío simplemente porque tú estarías pasando frío en el convento.

—Son mis maitines.

—¿Y en qué piensas, mamá?

—En nada. Estoy muy bien.

—¿No se te ocurrirá ducharte con agua fría, mamá?

—No. Ya lo he intentado, pero no he podido.

—Tesa es joven.

—Ya lo sé. Pero Lita tiene calefacción al menos. —Se paraba un momento, y añadía—: O debería tenerla.

Porque mamá sabía muy bien que, mientras llegaba la dote, como decía su marido, Lita estaba expuesta a cualquiera de las vejaciones que inventan el odio o la tiranía en la vida conyugal.

—Llévese el servicio de la señora y el de la niña. Hoy, no tienen apetito —decía el vizconde.

—La habitación de la señora y de Ángela póngala en el cuarto de la plancha. Tienen ahora ese gusto.

Ni parpadeaban, y Ángela apenas si tenía doce años. Oían los cuchicheos de la servidumbre, o el silencio con que acogían ese mandato, y recibían a veces miradas compasivas. Pero también sonrisas cómplices con la maldad de su marido.

—Todo se soporta, mamá. O casi todo. —Y añadía siempre—: Por Ángela.

Pero tú tenías que echarte de bruces en el suelo y con los brazos en cruz, a la puerta del refectorio, para que las demás monjas pasaran por encima de ti, porque quizás contestaste algo vivamente a una de ellas, y podías leer igualmente la satisfacción inconsciente en los ojos de otras monjas que en el mundo no habían sido señoritas y habían recibido contestaciones vivas, y ahora lo recordaban.

—Yo fui soberbia —me dijiste—, y le dije a la hermana que tratase mejor la ropa blanca, que no era un estropajo. Y ella lloró.

—¡Ah! Entonces...

—¿Y qué piensas —te preguntaba yo también— cuando estás de rodillas sobre los talones, frente a la cruz de palo, en la pared tan blanca?

—No pienso. Estoy así. Es la oración.

¿Te acuerdas de estas conversaciones en el locutorio, que luego concluyeron tan bruscamente? ¿Por qué tan bruscamente? Un día, mientras hablábamos quedamente junto a la reja, como tantos otros, me dijiste:

—No más visitas, no más conversaciones. No podemos continuar así.

El tono de tu voz era duro al decir esto, y en seguida te percataste de cuán abandonado me dejabas. Y quizás dudaste un poco en decírmelo, pero al fin me confesaste como para echar un bálsamo sobre tus aceradas palabras que, cada vez que estábamos en el locutorio, te tenías que acusar, luego, de no haber dejado el reloj de arena sobre la mesa o sobre el suelo, y de que, teniéndole en las manos, no le habías puesto lo suficientemente vertical para alargar el tiempo.

—Y esto es afección y mundanidad —dijiste.

Tenías los pies amoratados por el frío y, cuando me sorprendiste mirándolos, añadiste:

—No se lo digas a mamá.

—No.

—Ni a Luzdivina.

—No.

—Yo soy muy callada, majo; y a mí me puedes contar todo —decía Luzdivina.

—¿Y tú qué me cuentas? —la preguntaba yo.

—Yo soy pobre, majo. ¿Qué quieres que te cuente?

Como cuando yo te decía en el locutorio:

—¡Cuéntame cosas de aquí dentro, Tesa! Y tú decías:

—¿Y qué quieres que te cuente? Que a la Madre Priora la han regalado un gato, que es todo negro como el *Morito* nuestro.

—Que se me ha caído el agua de la jofaina esta mañana. ¡Soy una tonta! —Y te reías. Pero los dedos de tus pies estaban azules—. ¿Y en casa? —preguntabas tú.

—Que nos acordamos de ti, Tesa.

—¿Y Lita?

—Allí, casada.

—¡Claro!

Tus manos revoloteaban al decirme adiós, porque no podías ya hacerme un repelús en el pelo, y se me escapaban como las mariposas blancas, ¿te acuerdas?

—¡A ver si te crees que yo he tenido siempre estas manos que ahora tengo! —decía Luzdivina—. ¡Porque también tienen su historia, majo!

Y entonces me contaba Luzdivina su historia: de cuando mamá se la trajo de Los Cabrales con quince o dieciséis años, y ella ya había rodado sirviendo de casa en casa hasta que dio en nuestra finca, de casualidad: contratada para un verano. Y luego lo que pasó entonces, y cuando conoció al Juez que se presentó en la boda, que entonces estaba por allí de Juez, y ahora está en Madrid.

—¡Los Cabrales sí que son bien bonitos! —me decías tú siempre.

Pero yo sólo he ido allí unos días, de niño; y no me acuerdo apenas de cómo era la casa, excepto de aquel portalón enorme en el que se podía entrar con el coche de caballos o con el automóvil, o de aquellas camas doradas que tenían dos o tres colchones, y de las veces que íbamos al lago, y tú decías:

—Ahí, debajo del agua, hay una iglesia, y algunas noches, cuando nieva y hay mucho silencio, se oye cantar a los monjes.

—No es verdad —contestaba yo.

—Sí es verdad. Y, si tú quieres, los oyes. —Y añadías—: Pero tienes que ser como el Inocente, y rezar una oración.

—¿Y tú los has oído?

—Sí. ¡Ya lo verás!

Aunque no era de noche, nos acurrucábamos junto a la orilla del lago, un poco al atardecer ya, nos cogíamos de la mano, rezábamos un padrenuestro, y esperábamos, ¿te acuerdas?

Se oían sólo los gritos que dan algunos pájaros cuando llega la noche y van a acostarse a sus nidos y, luego ya, nada. Y entonces decías:

—Y ahora tenemos que ser como el Inocente.

—¿Y cómo es?

—Que tenemos que darlo todo.

—¡Bueno! —decía yo—. Pues te doy todo.

—No, a mí no; a todo el mundo.

—¿Y el vestido?

—También.

—¿Y la merienda?

—También.

—¿Y la comida?

—También.

—¿Y la casa?

—También. ¡Todo! —decías tú.

Nos callábamos de nuevo, cuando ya lo habíamos dado todo, y volvíamos a esperar un rato. Y, de repente, decías:

—¿Oyes?

—No.

Pero, entonces, a lo mejor se movía un poco el agua del lago, y me parecía que los monjes iban a salir, y me daba miedo si salían; pero tú me tranquilizabas diciendo que no salían, que sólo se oía cómo cantaban la Salve.

—¿Oyes?

—Sí.

Porque los oíamos, ¿verdad? Hasta que ya el cielo comenzaba a oscurecer, y teníamos que volver a casa; y, una vez, nos encontramos con el Inocente, y me dijiste:

—¡Mira, ése es!

Aunque él no nos vio, y yo sólo me acuerdo de como si fuese un mendigo que iba rezongando y moviendo la cabeza, y llevaba una ramita de un árbol en la mano. Pero Luzdivina me contaba luego que no era así, sino que el Inocente, que se llamaba Blas Civicos, era casi un niño o poco más, y siempre había sido el Inocente, pero entonces se quedó como mudo, y no podía pronunciar las palabras cuando pasó lo que pasó con el cura que mataron los maquis. El vio el asesinato a sangre fría, y ya cuando tuvo que ir a declarar no le salían de su boca sino sonidos guturales que parecían sollozos o risas ahogadas, y sólo decía una sola cosa clara a todas las preguntas cuando estaba ante el Juez:

—¡Ay, mi cabeza!

Porque dice Luzdivina que le dolía la cabeza terriblemente, y día y noche daba vueltas el Inocente por el pueblo y alrededor de Los Cabrales, gritando como un alma abandonada, y muchas veces iba, al final, a echarse allí, de madrugada, sobre los tres o cuatro escalones que había a la puerta del Juzgado. Y que allí le encontraba el Juez, muchas mañanas, esperándole para regalarle una manzana, una espiga, un crisantemo, un molinillo de papel, una amapola. Y le decía al entregárselo:

—¡Regalo de Dios!

—Y entonces yo quise levantar a aquel hombre medio muerto, que todavía boqueaba, y me manché las manos de sangre. ¡Que no puedes saber tú lo que es eso! —decía Luzdivina—; que hasta tuve que ir a declarar.

Pero que no te dijese nunca estas cosas. ¿Para qué? O de cuando el Inocente llevaba a Los Cabrales de vez en cuando un cabo de vela para ti.

—Para la señorita que va a misa— decía el Inocente. —Y añadía—: Para que lo encienda. ¡Regalo de Dios!

Aunque nada te dijo nunca Luzdivina, ni entonces, ni después; y que sólo te contaba lo de los monjes que vivían en el lago y cantaban la Salve, porque lo decía todo el mundo: que, si se daba todo y se era inocente, se escuchaba.

—¿Para qué iba yo a decir ya a la señorita Tesa todas estas cosas, si ya está en el convento y las sabrá?

—Nos volvemos a encontrar en mejores circunstancias —dijo el Juez a Luzdivina, cuando la saludó al llegar.

Y Luzdivina sonrió. Quizá era yo el único que andaba allí hablando por dentro con todos estos recuerdos y memorias.

—Si quieres ser escritor —decía papá—, tienes que vivir, primero, mucho tiempo con los muertos. Y, después, guardar silencio muchos años. O siempre. Ya verás.

¿Te acuerdas cuando me lo decía? Y Lita me miraba, misericordiosa, y comentaba:

—Pues ¡vaya un plan!

Y, entonces, nosotros nos reíamos, y tú decías que como si hubiese elegido ser anacoreta.

—¡Sois un caso, los dos! —decía Lita.

Y luego nos decía que era porque éramos rubiales, más que ella, y teníamos algunas pecas.

La parra roja del cementerio que sobresalía de la tapia papá la había sembrado para hacer olvidar el lugar donde se fusilaba. ¿Te acuerdas cuando lo adivinamos? ¿Te acuerdas cuando lo descubrimos por el rubiales que estrenó el tractor nuevo, el rojo, el que era mayor que los otros? Porque, luego, los hijos de ellos trabajaron en nuestras tierras y sus hijas en nuestra casa, y siempre había recuerdos y conversaciones o susurros sobre los deudos de ellos que papá había salvado y sobre los que no había podido salvar, y entonces era cuando, allí, en la cocina, algunas de las chicas se llevaban el delantal hasta los ojos, a veces, para enjugar las lágrimas que comenzaban a correr, y los muchachos mismos eran tan breves hablando, y agachaban la cabeza.

—¡Qué educación ésta de dejarles a estos chicos hablar con la servidumbre! —decía tía Remedios.

—¡Esa foca! —decías tú.

—¡Tesa! —decía papá.

Y mamá miraba para otro sitio sonriéndose, y acababa diciendo:

—¡Es que lo es!

Pero bien delgada que está ahora tía Remedios, y tiene unas manos finas, de dedos muy largos y ágiles que mueve constantemente para que la circule la sangre y no se la queden frías. Pero es como si estuviera contando billetes o monedas, o remedase la coquetería de las manos de algunos clérigos, enlazándolas y entrelazándolas pero no para suplicar, sino para catequizar.

—No me gustan nada los curas que cruzan y descruzan las manos —decía mamá—. Parecen banqueros.

Pero, aunque tía Remedios es muy rica y podría ser un banquero, habla ahora constantemente como si la fuera a faltar el pan que llevarse a la boca. Es como si creyera que la dieta que la ha puesto el médico es el reflejo de sus ingresos.

—A caldos y pescado —fue lo primero que dijo tía Remedios apenas llegó. Pero luego, en seguida y con voz perfectamente audible, aunque se inclinó sobre el oído de mamá, advirtió que se suponía que habíamos estudiado bien las capitulaciones matrimoniales—: Conozco a la familia del marido de tu hija —dijo.

Pero mamá contestó como si no hubiera oído:

—Te encuentro más joven.

—Y más pobre —dijo tía Remedios—. No sé adónde vamos a llegar con los gastos de la casa. — Y añadió—: Pero la he comprado un regalo a Ángela. ¿Y Tesa?

—Allá, ya sabes. Está bien —dijo mamá.

—Ni una carta, ni para mi santo. Es una descastada.

—A mí tampoco me escribe. Es así.

Y tía Remedios se puso luego a saludar a señoras y señores mayores que hablaban de sus privaciones y su fisiología: operaciones, agua mineral, nada de carne ni de azúcar, nada de café, ni de fumar.

—Ni mujeres —dijo entonces alguien con una risita.

—Pues el tío Enrique —saltó tía Remedios— se casó con una señorita de veinticinco y él tenía setenta y uno. Y por cierto que la regaló para la boda el más maravilloso vestido de raso blanco que yo haya visto nunca.

—¡Anda! Y el forro del ataúd también era de raso —dijo mamá—. Me acuerdo muy bien.

—¡Mamá! —dijo Lita.

—¡Eres la de siempre! —contestó tía Remedios—. ¡Pero es verdad! —Y tía Remedios soltó una carcajada y, de repente, luego—: Tú te has traído un echarpe, pero yo me he venido así, a cuerpo gentil; y hace fresco.

El sol se había ocultado de nuevo, aunque era muy breve la nube que lo cubría y el vientecillo del norte se hizo notar un momento. Algunos de los invitados se alzaron los cuellos, y las mujeres recordaban que habían dejado una chaqueta o una estola en el coche. Las que las llevaban sobre los hombros se las pusieron o se envolvieron en ellas, y más o menos disimuladamente casi todo el mundo dio un par de pataditas sobre el suelo. Y otras encendieron un cigarrillo. Ángela se había separado de Lita y de mamá, y estaba ahora sentada en las gradillas del pequeño atrio de la iglesia con los codos sobre sus rodillas y el rostro como sostenido por sus manos. Sonreía, y algunos invitados o fotógrafos disparaban sus máquinas y cámaras de vídeo. Y, entonces, alguien dijo que también debería ponerse allí el novio, y lo llamó. Pero Ángela se levantó sin dejar de sonreír, y fue corriendo, recogiendo el vestido, hacia donde estaba mamá. Acababa de llegar María, y mamá dijo a Ángela:

—Te voy a presentar a la gran amiga de tía Tesa, que también estuvo con ella en el convento: y en todas partes.

Creo que María salió antes que tú de allí, ¿no?; pero no fue ella por quien me enteré que tú no podías soportar aquella vida, sino por tu priora cuando recaíste por tercera vez en aquella enfermedad y tristeza y nos previno a mamá y a mí que deberíamos ir a buscarte.

—¿Una salida por un tiempo? —pregunté.

—Me temo que no. Me temo que esta vida nuestra no es para su hermana —contestó.

—No parece que sea nada de importancia, según el doctor —me dijo cuando fui a buscarte al día siguiente—. Pero no puede seguir la Regla de esta casa sin continuas dispensas, y el tiempo no alivia las cosas.

Me pareció que, al decir esto, endurecía la voz desde el otro lado de la reja que todavía tenía la cortinilla echada; cuando la descorrió, aún mantuvo un momento el velo sobre su rostro mientras yo buscaba sus ojos para leer en ellos. Me pareció más joven y delgada que el día que tú entraste allí, y su voz se tornó en seguida más acogedora y dulce. Sostenía con las dos manos el reloj de arena, y sus dedos me parecieron heridos por el jabón y la lejía; por el frío, que había dejado allí huellas rojas. Y entonces habló muy despacio para decirme cuánto te querían en la casa, y cómo iba a ser un desgarró cuando tú te fueras.

—¿Y Tesa? —la pregunté.

Me contestó que tú ya tenías tus proyectos bien pensados:

—No es una niña, y sabe lo que es el mundo. Y es muy valerosa. —Y añadió con evidente pesar en el tono de voz—: Pero no resiste la Regla.

—¿El frío?

—El frío, el ayuno, la disciplina, el madrugar, el encierro, la convivencia, el silencio, qué sé yo.

Hizo un silencio ella misma, y se oyó a poco el golpe de una puerta al cerrarse. Dio entonces la vuelta al reloj de arena, se sentó en la única silla que había en el locutorio junto a una pequeña mesa en la que reposaba un libro, y sobre ella puso la Madre el reloj y unos papeles que extrajo del bolsillo de su hábito. La gran cruz desnuda sobre la pared tan blanca parecía aún más grande, y ella puso allí sus ojos un momento. Luego miró al reloj de arena empujándolo levemente hacia donde estaba el libro, y dijo con una voz muy delicada y como divirtiéndose:

—La arenilla tarda en bajar un cuarto de hora: lo que dura la vida. Sólo un cuarto de hora, como decía nuestra Madre.

Y acabó riéndose. Me miró un instante y, tomando los papeles que había puesto en la mesa, me dijo que eran los documentos de exención de tus votos.

—Todo arreglado —dijo luego—. Pero su hermana no pertenece al mundo.

Y entonces apareciste tú, por la pequeña puerta del fondo, con un maravilloso vestido azul marino, tu hermoso pelo dorado muy corto, tu distinción de siempre al andar, y un poco ojerosa. Pero sonriendo. ¿Y te acuerdas cómo andabas como un pato, que desde lejos ya sabíamos que eras tú la que iba a entrar en casa?

—Lo que más echo de menos es el ruido del andar de Tesa —decía mamá. O también decía—: Ahora, andando en zapatillas, no se la sentirá nada. ¡Dios mío!, ¡como si no existiera!

Pero yo volví a oír tu lento taconeo, y llevabas unos zapatos negros con un contraste blanco, muy bonitos. Diste un largo abrazo a la priora, luego un beso en las mejillas y te dirigiste a la puerta practicable en la reja; pero de repente, cuando ya venías hacia mí, te diste cuenta de que se te olvidaba algo, y dijiste mirando a la priora:

—¡Las lilas!

Me diste la pequeña maleta, que ni siquiera me había dado cuenta que llevabas de una mano, y volviste a entrar. La priora permaneció en silencio y sin moverse, de pie ante la mesa, y me pareció una eternidad el tiempo que tardaste en volver a salir con el ramo de lilas. Sonreíste a la priora, y saliste rápida. Casi no me di cuenta de que me habías cogido del brazo, y echamos a andar hacia el patinillo que había delante del convento; pero sólo cuando estuvimos fuera, aunque ante el portalón mismo que se abría a la calle, te echaste en mis brazos y se te saltaron las lágrimas.

—No pude, no pude —me dijiste. Y añadiste—: María lo sabe bien.

María tenía que saberlo todo, naturalmente: todo. ¿Te acuerdas de cuando os pasabais las horas muertas hablando por la noche antes de dormiros?

—Anoche —decía Luzdivina—, hasta las tres o las cuatro, allí parlando, y se tomaron una cafetera entera.

Algunas noches yo también me quedaba con vosotras y con Lita un rato, pero Lita se aburría pronto de la conversación, o la entraba sueño porque siempre fue muy dormilona, y yo me daba cuenta de que, en un determinado momento, debía irme para que hablarais de vuestras cosas.

—¡Quédate! —me decías siempre.

—Pero yo sabía que teníais que hablar de vuestras cosas. ¿Fue entonces cuando decidisteis iros al convento? Os reíais de que habíais pensado ser azafatas desde que hicisteis aquel viaje a las Baleares para ver la casa de Chopin y de George Sand, aquel viaje de la Facultad; os reíais cuando Lita os hablaba de sus bailes y guateques, como si vosotras ya hubierais encontrado algo y tuvieseis un secreto. Os reíais de los amores de Chopin y de George Sand, pero os habían conmovido las ruinas de la Cartuja. Porque, por lo menos tú y yo, habíamos heredado el amor por las ruinas de papá, aunque no por las ruinas románticas, sino por las clásicas.

—Nada de lamentaciones por las ruinas —decía papá—. Son una gloria.

Nunca fuimos de vacaciones a ninguna parte, o pocas veces; pero nos hemos visto las ruinas del país entero, incluidas las de Portugal, ¿no? Y papá siempre nos decía:

—¡Escucha! Es como si se oyera hablar bajito a los que aquí vivieron. ¡Escucha!

Como cuando aguzábamos el oído en el lago y, a la postre, como si oyeras algo. Como cuando oíamos, desde el jardín, en los últimos momentos de la mañana, antes de comer, o en esas tardes largas y silenciosas del verano a la hora de la siesta, runrunear a mamá y a Luzdivina y a las otras chicas, o el ruido de un cuchillo que caía al suelo, el rozar de la puerta de un armario, unas risas quedas y apagadas, o algún susurro. O como cuando yo me alejaba del cuarto de estar y os dejaba, allí, a María y a ti, hablando, hablando, hablando. ¿Y por qué os poníais a un rincón? Os sobraba habitación seguramente, como sobra siempre cuando hay que hacerse confidencias. Sobra el mundo, ¿no?

Ya sabes que María puso un consultorio de ginecología, y aquel despacho suyo, ¿sabes lo que me recuerda? Pues la celda del convento, o poco más que una celda o con la marca de una celda: una mesa de cristal, un sillón giratorio para ella, un sofá con dos butacas en azul claro, un archivero de metal barnizado de blanco sobre el que hay una maceta con geranios, y dos o tres fotografías por las paredes, que son dos paisajes ingleses, me parece, y la fotografía en que estáis las dos en el jardín de la casa, junto al pozo, en vísperas de iros al convento.

—Al fin y al cabo, esto es también un locutorio —dijo María cuando la mencioné lo de la celda.

Pero a mí la doctora que me recibió en el hospital donde tú estabas no me recibió en despacho alguno, sino por los pasillos. Y fue así de contundente, te lo digo ahora:

—No le aseguro nada. De ordinario, cuando los traen aquí, es para morir. ¿Para qué voy a engañarle?

Éste fue el recibimiento. Era un pasillo largo y ancho con grandes ventanales a un lado, y sólo

unas columnas y un pequeño zócalo, como en las alcobas italianas, le separaban por el otro lado del pabellón donde estaban las camas: una gran hilera de enfermos silenciosos e inmóviles, a veces entubados o asistidos de cualquier otra manera por relucientes aparatos o la presencia de enfermeras, y algunos de esos enfermos parecían dormir profundamente y como si no precisasen ningún cuidado.

—Ya no lo necesitan, desgraciadamente —dijo la doctora.

¿Hacían algo para que su agonía fuera tan pacífica? No me atreví a preguntarlo. Porque tú eras uno de ellos: el 132, y, cuando la enfermera levantó la sábana que te cubría la cara, no te reconocí. Pero te hablé, y estoy seguro de que tú sí me reconociste, aunque luego no te acordases ya al recuperar la conciencia.

—Pocos llegan a recuperar la conciencia

—dijo también la doctora—. Y los que llegan a ello sólo la recuperan de un modo oscuro, y no pueden expresarse.

Hablaba con una voz tranquila y casi indiferente. Era una mujer como de cincuenta años, menudita, con el pelo muy negro y la tez muy morena, de pómulos salientes. Llevaba las manos hundidas en los bolsillos de la bata y andaba muy despacio. El suelo del pabellón y del pasillo era de baldosas blancas y negras, como un ajedrez, pero estaba surcado por una alfombra de moqueta, y la luz de los ventanales, como la de las ventanas más pequeñas que tenía el pabellón, estaba matizada con persianas casi del todo cerradas.

—Tiene que comprenderme —decía de poco en poco—. Cuando los traen aquí, es para morir casi siempre.

De vez en cuando se acercaba a unos termómetros colgados entre ventanal y ventanal, o allí dentro del pabellón, de trecho en trecho y, a veces, pulsaba un botón que ponía en funcionamiento tres grandes ventiladores silenciosos que colgaban sobre las camas. Y este era el rito de cada día, durante el tiempo que estuviste allí hasta que te trasladaron a aquella otra clínica de los franceses y allí saliste de las sombras poco a poco.

—No puedo decirle nada aún; todavía es pronto —me repetía la doctora.

Pero, ya a lo último, sonreía levemente al decirlo; y luego supimos que fue ella la que buscó tu traslado a esa clínica, como había hecho con tantos otros enfermos, porque a veces los esbirros volvían para rematar a quien se estaba aquí curando.

—Nadie está aquí seguro un cuarto de hora —dijo.

—Hemos venido todos muy puntuales —estaba diciendo a María mamá—. Todavía falta media hora larga para la ceremonia.

Y, como miró su reloj, todo el mundo se puso a consultar el suyo, y respiró. No sé por qué, pero se les oía esponjarse, antes de volver de nuevo a la charla en que estaban enredados.

VI

Mamá no sabe que un día tuvimos una visita oscura, y que, en los días y semanas siguientes, se estuvo haciendo el inventario completo de las fincas, las casas, los valores, los muebles, los libros, la vajilla, y hasta del palomar y el gallinero: toda una partida de ajedrez, pero con picas y puñales y a muerte, entre don Julio y quienes vinieron, y en la que en cada palabra o anotación nos jugábamos todo.

—No, no; de ninguna manera —decía don Julio. O, con mucha calma, otras veces—: Ahí me engañó el vizconde, pero por eso precisamente no podemos ceder.

—Los que vinieron: abogados y técnicos tasadores, quizá notarios, eran todos jóvenes bien vestidos y seguros de sí mismos; con sus carteras de cuero y sus lápices de oro, y en sus carpetas papeles de gran cuerpo, que al hojearse hacían un ruido como de láminas metálicas y razones contundentes. Pero se quedaban desconcertados cuando al llegar al palomar y al gallinero, por ejemplo, y al encontrarlos tan bien nutridos y hacer alusiones gastronómicas como para buscar una complicidad o un entendimiento suscitando el olor de los pichoncillos escabechados, don Julio decía con todo orgullo que de allí jamás se había sacado un animal para ser sacrificado, y sólo estaban allí como las lilas y las dalias en el jardín estaban.

—Porque sí, para vivir. Para gloria de Dios, que diría la señora.

Intercambiaban entonces ellos una mirada estupefacta, y una sonrisa cómplice, como si hubieran ya atrapado la razón de nuestra ruina, y vieran fácil su triunfo. Pero, en seguida, vueltos a los papeles y escrituras o recibos, tornaba a ser inflexible don Julio:

—Por ahí no puedo pasar, porque ése es mi derecho.

—Pero cualquier tribunal, tal y como están las cosas, nos daría a nosotros la razón. —Y sonreían seguros, apuntando con sus lápices de oro hacia su pecho, y repetían—: ¡A nosotros!

Entonces don Julio aceptaba el reto de esa sonrisa y sonreía, a su vez, sarcástico; y sólo de vez en cuando, en algunos instantes en que los abogados enfatizaban el «nosotros», contestaba con un cierto retintín:

—¡Ya!

Estábamos en el despacho de papá, y se admiraban de tantos libros; lanzaban su mirada hacia el escudo en que ya sabes que se remata la estantería del centro y que es el mismo de la tumba de la ermitilla: la flor de lis y el pájaro solitario en rojo sobre fondo azul, y se topaban con su leyenda: «Onmes divitiae de iniquitate descendunt.» Y no creo que entendieran, pero me parecía que esa leyenda era como una oruga cuyos mil pies fueran las letras, que bajaba hasta la mesa y se introducía entre los papeles como una polilla o termita y los iba a consumir. ¡Cuántas veces no lo había deseado papá! Estoy seguro de ello.

Años atrás, en esta misma habitación papá y don Julio estuvieron haciendo lo que llamaban «una revisión de títulos» para dejarnos una herencia tranquila y sin dudas, pero para enseñar me a mí que lo que era nuestro tenía que defenderlo como lo hacía don Julio y lo seguiría haciendo cuando papá faltara. Pero mamá y yo habíamos firmado sin consultarle algo indebido, cuando la boda de Lita, y ahora estábamos pillados por el compromiso. Aquellos enviados del vizconde lo querían todo: esta finca y Los Cabrales, títulos, casas, ajuares, dinero líquido. Sólo que don Julio se reía y repetía:

—Es nuestro derecho, y por ahí no pasamos. Ha habido engaño.

¿Por qué me dejé engañar, Tesa? ¿Por qué? Y mamá había aceptado, y ahora parecía consentir tan contenta en la venta de Ángela.

—¡Tranquilo! —me decía don Julio de vez en cuando, al verme encender pitillo tras pitillo e ir de un lado para otro.

—¡Tranquilo! No hemos vendido a Ángela, ¡tranquilo!

Entonces alguien que llegó llamó vizcondesa a Lita, y ella se echó a llorar. ¡Pobre Lita! Mamá había pagado años enteros lo que el marido de Lita llamaba el adelanto de la dote. ¿Y qué podíamos hacer? Pero ahora estábamos frente a frente: el marido de Lita y los suyos, con el novio; y Lita y Ángela con Luzdivina, conmigo y con mamá, y nos observábamos como dos ejércitos enemigos, aunque Lita iba constantemente de un corro al otro, nerviosa, suplicante.

—Pero, mamá... —y luego decía unas palabras en voz muy baja.

—Pero, ¿por qué? —preguntaba luego a su marido en el otro corro.

—¡Déjame en paz! —dijo éste—. Estamos hablando de cosas serias.

Y mamá:

—¡Eres tonta, hija! Tú no te preocupes y deja las cosas de mi mano. ¿Verdad, Ángela?

—Sí, abuela.

Como si mamá sostuviese el mundo, ya te digo; o como si lo estuviese gobernando con sus manos y el mundo fuera una sábana recién lavada y ya seca que mamá y Luzdivina estuvieran doblando en el cuarto de la plancha. ¿Te acuerdas?

El cuarto de la plancha estaba entonces junto a la cocina, me parece. Ahora están ahí las lavadoras y en la habitacioncilla donde se guardaba la ropa, que era como el armario del mismo cuarto de planchar, está ahora la caldera de la calefacción; se ha tirado el tabique y ha quedado una habitación más hermosa con aquellos dos ventanales a los que ya no hace sombra el castaño de Indias, porque se secó y ahora hay allí una tuya. Pero, ¿te acuerdas, de todas maneras, de aquella luz que daba allí en el blancor de los lienzos? Se reflejaba en ellos, y todo el recinto quedaba iluminado, enrojecido o azulado a veces también, por el destello de las prendas de color. Jugábamos allá abajo en el tendedero a ocultarnos y perdernos en aquel laberinto de ropa colgada a medio secar o mejor húmeda, si había helado, porque entonces sí que parecía que peleábamos entre murallas. Pero, sobre todo, nos gustaba más ver planchar a las chicas: las planchas de vapor, los almidones, la inspección que hacía Luzdivina sobre los lienzos que se habían metido en el añil.

—En los manteles no volváis a echar añil, ¡por favor! Y, ahora, hay que quitar esos reflejos, porque los manteles tienen que ser sólo blancos.

Y, con otros lienzos en la mano, se ponía a medir el azuleo que tenían por el resplandor que daban en la pared.

—No tiene que verse, pero tiene que notarse.

—Y la puntilla que esté suave. ¡Cuidado con el almidón!

Se apilaba la ropa de mesa y de cama sobre aquella gran mesa adosada a la pared, una vez que quedaba planchada, y las chicas la iban llevando a los armarios. Y a veces se ponían allí membrillos o manzanas, y bolsitas de gasa con tomillo, o romero, o cantueso, o mejorana; pero Luzdivina decía que el olor de suyo de la ropa lo tenían que dar el agua y la plancha. ¿Te acuerdas cuánto te gustaban las servilletas y las fundas de almohadón allí en rimero, tan blancas y como haciendo guiños de azulina? Pero nunca nos dejaron ver una ropa interior, ¿te acuerdas también? Nunca se nombraban siquiera delante de nosotros esas prendas íntimas, ni siquiera los pijamas o los camisones.

—¡Fuera de aquí, curiosos! —decía Luzdivina, cuando estaban planchando «lo menudo» o «la ropa», como decían las chicas.

Nos encantaba llevar torres de servilletas, pañuelos o toallas, luego decía Luzdivina:

—¡A ver quién quiere sostener esta sábana de una punta!... Y ésta la dobláis vosotros.

La ropa íntima estaba en aquellas canastas blancas, pero siempre las veíamos repletas con un gran lienzo encima, o totalmente vacías. Y luego, pasado el tiempo, es cuando te das cuenta, ¿no? Entonces, lo que nos entusiasmaba era envolvernos en las sábanas para disfrazarnos de Reyes

Magos, de moros o de fantasmas los tres: Lita, tú y yo.

Pero se reían las chicas, cuando Luzdivina nos expulsaba del cuarto de la plancha, porque iban a comenzar a planchar lo menudo.

—Esto no lo podéis ver vosotros —decía, a veces, alguna de ellas.

Y Luzdivina la miraba entonces con los ojos encendidos, y ella se quedaba cortada o se la ruborizaban las mejillas. Era como si nos prohibieran ver el Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal. Y Lita me enseñó una vez su camisón:

—Esto es lo menudo —dijo—. No se lo digas a mamá.

—No.

—Ni a nadie.

—No —Y añadió—: Los camisones de boda son mucho más bonitos.

—¿Por qué?

—¡Anda, porque sí! Porque tiene que ser así.

—¡Claro! —decía yo.

Lita cuchicheaba con las chicas en el cuarto de la plancha, y a ella no la echaban nunca aunque fueran a planchar «lo menudo», o también cuchicheaba y se reía con ellas cuando estaban en la terracilla o en la cocina limpiando la plata o los dorados. Por lo menos hasta que entraba Luzdivina o entrábamos nosotros. ¿Te acuerdas?

—¿Por qué no está ya Paulina? —preguntamos un día.

—Dice Tesa que por qué no está ya Paulina.

Y una de las chicas la hizo un guiño a Lita, y contestó:

—Porque se está poniendo gorda.

Y tú dijiste:

—¡Anda! También la tía Remedios está gorda.

Comenzaron a reírse, entonces; pero apareció Luzdivina y dijo, parando la risa de Lita y la de las chicas en seco:

—Paulina se ha ido a su casa: eso es todo; ni gorda, ni flaca.

¿Te acuerdas de Paulina? Cuando ya estabas tú en el convento, vino un día con tres niños a buscar el amparo de mamá.

—¡Qué sé yo lo que sería de ella, si no la hubiera amparado esta casa! Otra Chaba de otro estilo —dijo Luzdivina.

¿Te acuerdas lo delgadilla que era, y lo infantil? Tenía el pelo casi colorado, pecosilla y con una nariz respingona; y siempre riendo.

—Señorita Tesa, ¿a que no salta? —decía poniendo la cuerda a una cierta altura, cuando iban a tender la ropa.

—Y, ahora, ¿a qué no salta el grandullón? —decía por mí.

Porque siempre me llamaba «el grandullón», aunque no tendría más de diez años; pero cuando saltaba decía sorprendida:

—Es que es un hombre. ¡Claro!

Y ella nos acompañaba, a veces, a jugar a «los resplandores» entre las sábanas colgadas ya. ¿Qué pensará ahora? ¡Es tan silenciosa! Sus hijos ya han crecido, y están en Madrid y en Barcelona. ¡Si los hubieras visto cuando aquí llegaron! ¿Y a qué traerán a los niños y a los mocitos a las bodas? Allí, en un corro aparte, estaban seis o siete, al principio tan formales, haciendo de hombres y mujeres ya. Pero, luego, han comenzado a batir palmas y a cantar, y Ángela se ha recogido su vestido de novia para dar un paso de baile con una mocita alta y desgarbada, delgaducha y con unos ojos grandísimos. Y, en seguida, ha ido allí Lita:

—¡Pero, Ángela...!

—Es una niña todavía —dijo alguien. Y otra voz de hombre, como con ira:

—Pero se va a casar.

Silencio. Se hizo un silencio atroz con las risas ahogadas de la chiquillería, y Ángela corrió junto a mamá de nuevo. Mamá miró su reloj de pulsera, otra vez, y dijo:

—Veinte minutos.

Pero tan fríamente y con un cierto tono tan imperativo, que parecía una profesora concediendo a todos un pequeño recreo. O una de aquellas voces metálicas de las estaciones de nuestra infancia, que anunciaban:

—¡Diez minutos de parada!

¿Te acuerdas? Siempre hacía frío. Siempre era el amanecer, cuando íbamos a tomar el tren: esos momentos antes de irrumpir la luz del alba, que siempre desasosiegan y son fríos aunque sea el mes de agosto. Porque los viajes nos hacían mal cuerpo.

—«Cum subit illius» —decía siempre papá.

Y luego tú continuabas con los otros versos de Ovidio, recordando la salida de su casa hacia el destierro. Aunque fuéramos a una excursión: era igual, ¿te acuerdas? El sueño interrumpido, la premura, ruido de puertas de armarios, ruido de cajones y el chirrido de las perchas; olor a nuevo de los estuches de afeitar y manicura, colonia derramada, jabones, los olvidos, el «tic» de las cerraduras de maletas y bolsos, un calzador, un cepillo de dientes, el despertador que había sonado como un traidor arrancándonos del sueño. «No te olvides» y «otra muda», un jersey y zapatillas, los gemelos de campo, las aspirinas de mamá, *Los novios* y el *Kempis*.

—Pues, entonces toda esa fila de libros míos —decía papá.

La cocina invadida, como si se sorprendiera y se avergonzara de presentar un cierto desorden, los gatos somnolientos, mimosos; los primeros ladridos de los perros, los gallos, los pájaros; y palidez de plata o de cadáver sobre el cristal de las ventanas. Algunas veces, todo rojo en el cielo, y enrojecidos los cristales: un día espléndido. Pero destemplados, ¿te acuerdas?

—Necesitaré poco, mamá; no te preocupes. —Mamá quería que te llevaras media casa al convento—. El maletín pequeño, mamá. No voy a poner casa; me la dan.

—¿Y tus libros?

—No, mamá. —Y se te saltaban las lágrimas—. La priora dijo: «nada».

El último desayuno, sin pan, sin tostadas, sin mantequilla: como si no nos atreviéramos a comer. Pero Luzdivina y las chicas se habían levantado una hora antes para prepararlo, y devoramos todo aquello en silencio casi. ¿Te acuerdas? Lita metiendo prisa en cuanto concluyó de tomarlo, la primera. Como siempre.

—Tu traje de novia yo lo llevo, ¿eh?

Y luego, el ramo de peonías, los alfileres, los zapatos. ¿Y el pelo? Ninguno de nosotros mentaba tu pelo, aunque todos lo mirábamos a hurtadillas; mamá y Lita habían ido contigo a la peluquería la víspera, y todavía estuvieron arreglándotelo al levantarte.

—¿Llamamos a la peluquera? —dijo Lita.

Entonces se levantó papá, se acercó a ti, y te hizo un repelús. Te alborotó todo el pelo.

—¡Papá! —protestó Lita. En cuanto lleguemos a la ciudad tendremos que ir otra vez a la peluquería.

Reímos todos, mientras ya salíamos por la puerta; las muchachas, los criados, mirando en silencio.

—¡Adios, señorita!

—No me voy a morir —dijiste sonriéndote.

Pero callamos. Nos podía el silencio a todos, Tesa. ¿Te acuerdas? Y, luego, allí en silencio también en la pequeña sala de espera, aunque sólo fue un momento, porque aquella estancia era fría, y el jefe de estación nos hizo pasar en seguida a su despachillo.

—Un cuarto de hora de retraso —dijo.

—En la sala de espera hay acostado un pobre —entró diciendo Luzdivina.

—Le dejamos que duerma ahí. No tiene adonde ir.

Nos miramos.

—¿Qué se puede hacer? —preguntó mamá.

—Nada. No hay coches de primera, ya les dije. Pero, en segunda, les acomodaré muy bien, e irán solos.

Y, luego, mirándote y sonriendo, añadió:

—¡Así que la mocita va a casarse!

Soltaste tu risa, y le desengañaste:

—Al convento.

—¡Ah!

Sonó el teléfono, pero el jefe no acertaba a hablar pausadamente, tartamudeaba, se confundía, balbucía, estaba desconcertado. Luego en seguida entró el tren en la estación, y el jefe deshizo su embarazo con las atenciones que nos prodigó hasta dejarnos colocados en el vagón vacío. Papá, mamá y Lita se sentaron frente a nosotros, y tú entre Luzdivina y yo, ¿te acuerdas? Hacía frío. ¿No había calefacción? ¿Cómo no iba a haberla? Apenas arrancó el tren, el revisor que se presentó ante nosotros nos alabó la comodidad del coche.

—Mejor que muchos primeras. Es un coche de los de señorío de antes.

—Y luego añadió—: Quizás va muy alta la calefacción.

Lita descubrió, al vuelo, los espejos, los paños impolutos del reposacabezas y los reposa-brazos, la mesita abatible, y la comodidad de las butacas.

En una estacioncilla, a una pobre mujer la costaba dejar subir al tren a una muchachita, y ésta no podía soltarse de su abrazo. Cuando subió, la mujeruca trastabillaba y echó a correr un poco con los brazos extendidos, desgarrados. A lo mejor sólo fui yo el que vio la escena, porque había salido al pasillo y miraba por la ventanilla de él. Así que entonces, al volverme a sentar junto a ti, fue cuando te di aquella carta de despedida: «Siempre te querré, Tesa. No me olvides nunca.» ¿La leíste? Nunca me he atrevido a preguntarte si la leíste.

—La lees y luego la rompes —te dije.

—Sí.

—¿Por qué te vas? —te pregunté por última vez.

Pero no me contestaste. Me miraste, y me sonreíste. Nada más. No me acuerdo de más de aquel viaje, y tanto como nos habían gustado los trenes, cada vez que he tenido que coger uno, desde aquel día, siento la misma angustia, la misma opresión en el estómago, el mismo frío a la altura de los riñones, el mismo desamparo. Y luego, cuando llegamos al hotel, ¿te acuerdas? Allí estaba ya nuestro coche con Torio, el chófer, que había ido por delante lleno de flores para la capilla del convento.

—¡Que sea feliz, señorita Tesa! —dijo.

Parecía que íbamos a quedarnos allí siempre, en aquel hotel: o, por lo menos, muchos días. Nos conocían de siempre, y nos esperaban. La ciudad se ponía en movimiento, y el hotel despedía a algunos de sus huéspedes y recibía otros, y el *hall* ofrecía ese aire de tristeza que todos los *halls* tienen; no sabes por qué, pero lo tienen, aunque siempre haya allí risas también. Es el mundo.

—¿Desayunarán los señores?

Pedimos un té, agua mineral, un zumo, y nos sentamos en aquel comedor de siempre con espejos y cuyos ventanales daban a un jardincillo. Había dos o tres gorrioncillos picoteando algo en el alféizar. Pero mamá quería ir en seguida al convento, y entró en seguida en la clausura con Lita y Luzdivina.

—Un cuarto de hora solamente —dijo.

Un siglo hubiera sido, si la hermana portera no hubiera aparecido allí en el atrio del patinillo del convento. Setenta años nos aseguró que tenía, y parecía una niña. Llevaba en su mandil azul tres gatitos y los estaba dando un biberón mientras hablaba de las judías, los tomates, las patatas; del agua que no subía hasta el lado más alto del jardín y había que transportarla en cubos, de la noria que ahora no funcionaba porque se había muerto el asnillo, de la cocina que estaban arreglando para poner un calentador de agua.

—Las familias siempre lloran, como si nos dejaran en la tumba —dijo sonriendo.

Porque mamá salía entonces por el portón de entrada, quejándose:

—Lo único es el frío.

—¡No es para tanto! —Volvió a decir la hermana portera, poniendo ahora los gatitos en un

cestillo junto al portón.

Y, luego ya, te despediste. De mí el último: con aquel abrazo y aquel beso. Y ya no sé: luego ya entramos todos y fue cuando apareciste como vestida de novia, y a mí también me pareció que te ibas a enterrar, y Luzdivina me miró, ¡como si me implorase!, ¡como si quisiera que te detuviese!

—A ver si dices bien alto el «Sí, quiero» —dijo tía Remedios a Ángela—; que a muchas ni se las oye. ¡Hay que decirlo bien alto!

Pero Ángela no contestó, y sólo la salió media sonrisa. Como a ti, cuando nos iban a dar el ricino, ¿te acuerdas? O el aceite de hígado de bacalao.

—¡Venga!, ¡es un momento! —decía Luzdivina—. ¡Venga! Como cuando se casa la gente. Cierra los ojos, dice: «¡Sí, quiero!», y ya está: ¡que sea lo que Dios quiera!

—Pero, ¡a la vez! —suplicábamos nosotros.

—Es que no tengo más que dos manos, anos, y con una tengo que coger el frasco y con la otra la cuchara.

—Pues que sea uno detrás de otro, en seguida, ¡y que sea lo que Dios quiera!

Te sonreías, entonces, con esa media sonrisa de Ángela, y eso era lo último que yo veía antes de que Luzdivina cerrase las contraventanas, ya con el ricino o el aceite de hígado de bacalao en la cuchara. Tú te lo tomabas siempre la primera; y Luzdivina te daba el caramelo. Abría otro momento las contraventanas, preparaba mi cucharada, y tú decías:

—¡Valiente!

Así que yo cerraba los ojos y me decidía. Me daba también mi caramelo Luzdivina, y cuando volvía a entrar la luz en la habitación sonreíamos ya de verdad.

—¡Ya está! ¿Lo veis? Es un segundo, en menos que canta un gallo.

Y nosotros decíamos:

—Sí.

Y Luzdivina nos daba un beso, y a lo mejor un caramelo más. Según, ¿no?

—Tengo un poco de amargor de boca —dijo mamá a Luzdivina—. Y no me he traído el pastillero.

VII

A aquellos sabuesos que vinieron les gustaban la finca y la casa de la finca, sobre todo porque don Julio se dejaba caer nombres ilustres de poseedores ilustres y ponderaba el patinillo italiano, los cuatro medallones, la galería acristalada, los lienzos que había en ella; y eso excitaba su codicia. Echaba en ésta, como en un río un anzuelo, mención de arcones o de plata, que eran regalos regios; de muebles ingleses y vajillas, ropas de cama y mesa, y luego hablaba de Los Cabrales, el palacete construido en el XIX por un señor romántico y solitario que había luchado con Lord Byron en Grecia y de allí había traído tesoros. Y ellos quedaban como petrificados, pero lo que hacía don Julio era sencillamente contar lo que decían los papeles de «la habitación del catastro», y ellos volvían con avidez los ojos hacia las manos de don Julio que parecía jugar con todo eso allí sobre la mesa. Hasta que las abría, juntas, formando un cuenco con ellas como para beber agua y se las mostraba, diciendo:

—Pero de esto ya no hay nada. —Y, entonces, se reía: y luego añadía—: O, mejor dicho, sólo lo que es nuestro.

¿Había muchos cachivaches románticos en Los Cabrales, Tesa? Tú de esto tienes que acordarte mejor que yo, que sólo iba de pequeño, algunos veranos, unos días, y sólo me acuerdo bien del portalón y de cuando íbamos tú y yo al lago a escuchar la Salve que cantaban los monjes que vivían bajo el agua. Cuando luego he vuelto yo por allí, muchos años después, el lago estaba lleno de barcas y motoras, veraneantes y bañistas y rodeado de chalets y restaurantes o merenderos. Nadie escuchará ya a los monjes, o éstos habrán huido. Pero nosotros también. Ya no íbamos a Los Cabrales, y sólo papá hizo un viaje en agosto del año en que murió para traerse de allí lo más querido: unos cuantos libros antiguos, el arcón de caoba que había en el corredor, unos velones, un cuadro de una niña rubia: un retrato que parecía hecho por Goya, y pocas cosas más. Mandó también hacer unas obras para acondicionar un poco la casa, pero de poca monta. ¿Estaban hipotecados Los Cabrales? No me entiendo yo con estas cosas, Tesa. Nunca me he manejado bien en estos asuntos de herencias y dineros y, si faltase don Julio, no sé cómo me las arreglaría. Y tendré que arreglármelas, y defender sobre todo vuestro derecho: el de las mujeres de la familia, las Mejoradas, como siempre se las ha llamado. O, mejor dicho, desde aquella tatarabuela nuestra de la que sólo sabíamos que se llamaba Angustias y por la que cada año se celebraba un funeral, determinado en una fundación que había hecho, al morir, en su testamento, en el que todas las mujeres quedaban mejoradas sustancialmente con respecto a los herederos varones, «porque ellas siempre fueron sacrificadas a la familia o a la religión». Y allí, en «la habitación del catastro», había cartas por ejemplo a notarios, dándoles instrucciones para la fundación pía y, en las cartas, listas de mujeres de la familia, casadas a la fuerza, metidas en un convento contra su voluntad, muertas de parto, tías solteras haciendo eternamente de niñeras o señoras de compañía luego, o también de estorbo, que acababan como costureras o cocineras de lujo: mujeres silenciosas, sonrientes, lentas, con una llaga oculta, pero cubierta con la inocencia o la resignación como un apósito. Y, otras veces, un niño muerto en sus brazos, un hijo ingrato, un esposo tiránico, altivo; y ahogando siempre su rebelión, si ésta brotaba cuando oían a los señores de la casa contar sus aventuras amorosas como hazañas de caza, mientras jugaban al billar o al tresillo, o en cacerías y excursiones. O temerosas del terrible mal del que no raramente resultaban contagiadas.

Esta tatarabuela nuestra, si el retrato al óleo que hay de ella es fiel, debió de ser mujer alegre y dulce, y no hay en su rostro ni huella de melancolía o de haber cedido a las exigencias de la vida que es bien perceptible en los otros rostros de mujeres y hombres que hay allí. Y carecen sus labios

de ese pliegue de desdén que hay en casi todos los otros labios, como después de haber probado un pastel soso del todo, o demasiado empalagoso. Sus labios no están plegados, sino abiertos como los de una niña embelesada y eso que el retrato debió de hacerse ya pasados los cincuenta. Y de la arruga o sello de estos años, ¿quién se libra, Tesa? ¿Quién conserva la alegría por tanto tiempo?

—Aquí de lo que se trata es de preservar la alegría —me dijo tu priora—. Y Tesa no resiste el cerco.

¿Y qué era el cerco, Tesa?

—No pude —me dijiste.

Pero tus ojos tenían la misma luz, cuando atravesaste la verja de clausura, al salir, que cuando entraste. Y tus manos eran más hermosas con aquellos estigmas del frío y el lavadero, y con la levedad que habían adquirido en la plegaria. Parecían más dulces, más abandonadas, cuando las pusiste sobre la mesa en el restaurante, aquellos días después de tu salida del convento en que comíamos juntos, y juntos anduvimos por Madrid.

El que ha envejecido he sido yo, Tesa; ¡ya ves, el más pequeño! Pero, ¿sabes, sin embargo, lo que me aterra cuando me miro al espejo para afeitarme? No que sorprenda cómo se ahondan las arrugas tan de prisa, o más canas, sino si el pliegue de los labios se va acerando y convirtiéndose como en un cierre metálico: en una cremallera. Como si, para plegarlos, tuvieran que forzarse todos los engranajes del alma y se produjera aquella fría mueca: los labios de la Princesa, como decía papá.

Pero en los rostros de los invitados a una boda no hay nada: están vacíos, banalmente contentos.

—Al olor de la comida y los negocios —decía mamá cuando veía tantas sonrisas. Y añadía—: Como en los funerales después del pésame.

—¡Mamá! —decía Lita—, ¡que te van a oír!

—¡Si lo sabe todo el mundo, hija! ¡No seas tonta!

Y se reía con sarcasmo. Como contaba que la había ocurrido muchas veces de jovencilla, como cuando, estando un día a la mesa de casa un señor importante, se le cayó su monóculo en la sopa, al hacer una afirmación con energía. A ella la produjo una risa incontenible, y tuvo que levantarse e irse a su cuarto. Su padre, el abuelo, se deshizo en excusas, y luego las muchachas se dedicaron a pescar y salvar el monóculo en la cocina. Mamá era apenas una adolescente y fue reprendida y castigada, naturalmente; pero, apenas el importante personaje se fue, su padre la dijo...

—¡No lo vuelvas a hacer! Pero, ¡gracias por tu risa maleducada!

—Y ¿sabéis lo que es pescar un monóculo en un plato de sopa? —nos preguntaba mamá.

¿Te acuerdas cuando lo contaba con todo lujo de mímica? Luego le llevaron al personaje importante el monóculo en una bandeja.

—Y parecía una ostra congelada —decía también mamá.

—¿Cómo son las ostras, Tesa? —preguntaba papá intencionadamente de vez en cuando.

Porque valían cuatro perras, según decían; pero pasaban por ser comida de ricos, y por eso las prohibían en casa, como tantas otras cosas parecían prohibidas salvo si había invitados, ya lo sabes mejor que yo; y, cuando tú te fuiste al convento, todo fue más rígido en este sentido.

—Tenemos la mejor cocina de pobres del mundo —decía Lita—. ¡Si lo supieran!

Pero quizás lo único que llamaba la atención era y fue siempre el color oscuro de nuestros trajes y vestidos.

—¡Como si lleváramos hábito! —decía también Lita.

—¿Y qué? —respondía mamá.

Pero ella aparecía siempre elegantemente vestida, y elegantemente os exigía vestir a ti y a Lita.

—¿Hay que disfrazarse? —preguntaba papá.

¿Te acuerdas? Pues ella lo sigue diciendo ahora y, cuando los invitados no pudieron disimular su sorpresa ante su sombrerito eduardiano y su estola de seda, mamá aclaró:

—Esto es lo que se llevará dentro de diez años. ¡Ya lo verán ustedes!

Entonces sacó de su bolso esa foto tuya donde estás con un sombrerito parecido y tus lentes redondos de oro ante el atril, pronunciando una conferencia, y dijo:

—Esta Tesa es como yo. Hay Tesas para rato. —Y luego, tras un silencio, preguntó—: Y Ángela será otra Tesa, ¿no?

Ángela sonrió, y mamá prosiguió diciendo que, en cuanto se quitara aquel disfraz de novia, sería igualita que tú, y también andaría por el mundo pronunciando conferencias. Pero, ¿sabe mamá lo de tu conferencia?, ¿sabe el precio que tú has pagado por hablar?, ¿lo sabe? En cuanto te restablezcas del todo tendrías que venir aquí, a ver a mamá, aunque luego te volvieses de nuevo a tu deber, como dices. ¿Para pagar por todos nosotros? ¿Te acuerdas lo que era para nosotros «pagar» cuando nos lo decían de pequeños, cuando preguntábamos aterrados por el Atado a la Columna y en aquellos oficios de la Semana Santa? ¿Te acuerdas?

Estábamos en la iglesita al atardecer de marzo o abril, muertos de frío, pero ¡tan impresionados! Todo estaba a oscuras menos el tenebrario: aquellas velas puestas en ángulo, que se iban apagando, una a una, después de cada lamentación o llanto, o responsorio y, cuando todas se apagaban, sólo quedaban encendidas en otro candelabro otras tres velas que representaban a las tres Marías cuando de mañana fueron al sepulcro de Cristo. Pero al final también eran extinguidas y había un silencio y, luego, aporreamiento de bancos, ruido de carracas, golpes en el suelo con espadañas, y de nuevo el silencio. Te parecía que no había mundo, ¿te acuerdas?

Volvíamos en silencio de las Tinieblas, y como si no nos atreviéramos a hablar esos días de la Semana Santa, como si ese silencio cayera como la escarcha sobre los almendros y las lilas; y luego más escarcha cuando te fuiste al convento, y cuando se murió papá y se casó Lita, y mamá estuvo muchos meses taciturna. Y también cuando yo me fui por ahí a recorrer el mundo para conocerlo. Y no había mundo.

En algunos corros se hablaba de política, porque hablaban de negocios, y de carreras, y de casamientos.

—Yo no entiendo de política —decía mamá.

—¿Es que tenía usted simpatía al general?

—¿A qué general? Yo no he conocido nunca a ningún general.

—¿A quién va a ser?, ¿a qué general va a ser? A Franco.

—Me parece una ordinariez —dijo mamá.

—Mamá es muy antigua —dijo Lita.

—Sí —contestó mamá.

Tiraban fotografías mientras hablábamos, y luego llevarían montones de ellas a casa. Lita había pasado años enteros destrozando con unas tijeras las fotos de su boda:

—El trozo mayor como una uña, antes de tirarlas al fuego.

Y lo contaba con desesperación, accionando con los dedos como si fueran tijeras, y hubiera logrado una victoria. ¡Pobre Lita! Ahora veía allí a muchos de los invitados de su propia boda: los de su marido, que la saludaban como si la hubieran regalado el mundo o fueran sus cómplices en la vida de estos años. Eran los mismos, y se daban a conocer, recordaban comidas, funerales, otras bodas, comuniones, bautizos, hacían salir de su sepultura a algunos muertos, a otros invitados, otros miembros de la familia que habían tenido algún papel en el drama de Lita; de arregladores y buenos componedores, predicadores de resignación: «¡Qué lo vas a hacer! ¡Así es la vida!» La invitaban, la halagaban, la besuqueaban, la daban parabienes. Eran los mismos. Sólo estaban más viejos, más gordos y más fofos, los unos; adelgazados por regímenes médicos, los otros; narices más afiladas, manos más huesudas, pasos más torpes, una solidez demasiado pesada en las mujeres, una solemnidad muy estudiada en los hombres; espaldas algo encorvadas, algunas calvas, cabellos grises, plateados, cabellos muy tratados en las mujeres, algunas arrugas no disimulables, más distinguidos, con trajes más oscuros, miradas precavidas, sonrisas más metálicas, dentaduras perfectas, palabras cínicas, ocurrencias que querían ser divertidas, tedio, desencanto como al final de una representación teatral. Pero animados a la vez, porque entraban de nuevo en otro espectáculo con la boda de Ángela y les parecía que, mientras se desarrollaba, tenían asegurada su vida, si la vida matrimonial de Ángela también se les ofrecía por capítulos como la de Lita se les había ofrecido: capítulo de la noche de bodas contada en las cacerías, capítulo de la autoridad marital, capítulo de la

dote, capítulo del servicio, capítulo de las amigas del mundo, capítulo de abogados y Bancos, capítulo de las facturas descomunales, capítulo de los vestidos y las modistas, capítulo de los niños y luego los jovencitos y jovencitas, y otra vez a comenzar. Y ahora estaban más duchos, eran más fríos, se sentían más ávidos de entrometerse, necesitaban mostrar que seguían siendo los de siempre antes de que llegase la vejez, a medida que avanzaban hacia la muerte. Era preciso contenerla con medallas, títulos, dinero, poder indiscutido. Ya muchos de estos hombres y mujeres —como yo— sólo arrastraban un esqueleto bajo las ropas, y algunos de ellos llevarían incluso piezas de aluminio para sujetarlo. Y Lita, sin embargo, tan machacada, continuaba allí hermosa y como retomando a la juventud, aligerándose, como una venganza sobre todos ellos a comenzar por su marido: un viejo ya con bolsas en los ojos.

—El peso de la codicia estropea los ojos —decía papá.

¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas cuando nos enseñaba a ver los retratos italianos de príncipes y banqueros? La mirada joven de lagarto o reptil: fija, seca, todo un carácter. No la mirada húmeda de la lujuria, que es de rana. Y, a los catorce años, ya se ha decidido el mirar de nuestros ojos, y lo que los deslumbra. ¿Tan pronto? ¿Todos éstos eran también los invitados al final de nuestro mundo y nuestra casa?

Lita corría de mamá a don Julio o hasta a mí para decimos:

—¡Hay que evitarlo!

—¡Lita, alcánzame la cartera de mano que está en el coche! —la ordenó su marido.

Mamá dijo:

—Lita no puede. Estamos en plena conversación muy animados.

Y, luego, en uno de esos silencios casi acordes que caen sobre todos los que esperan algo o algo celebran, no es que pasara un ángel como se decía antes, ¿te acuerdas?, sino que cantó el cuco por allí cerca. ¿Quién le había invitado a éste? Pero su canto me devolvía toda nuestra infancia, haciendo que me preguntara: y entonces, ¿qué es lo que hacemos aquí en esta ceremonia de mayores? Como cuando había invitados en casa o papá tenía visitas importantes, y nos decían:

—Esta noche, ceremonia.

Cenábamos en la cocina, y Luzdivina nos hacía patatas fritas, ¿te acuerdas? Y, cuando yo me quedaba estudiando por la noche y luego me levantaba tarde, decía también:

—¡Anda que con lo de levantarte tarde te has perdido el canto del cuco! ¡Bien pronto que andaba esta mañana en el jardín!

Porque a todos nos gustaba, y no sabíamos que era un pájaro traidor.

—Todo es así de traidor en este mundo —comentaba mamá.

VIII

—¿Y dónde dice que se ha educado la novia?

—En un colegio de Suiza —dijo su padre, el marido de Lita—. Y, en unas vacaciones, fue cuando se enamoraron ella y mi sobrino.

Lita rezongaba a mi lado:

—No es verdad. No se han visto ni tres veces.

El novio sonrió y luego siguió hablando con sus amigos, que alzaron la risa, y en seguida me di cuenta de que seguían hablando de golf, y asociaban la boda con un partido:

—¡Qué suerte! Recién salida del convento, como recién salida del horno.

Y volvían a reír cortésmente, contenidamente, pero con ese tono en i que significa siempre que la presa ha entrado en la red, y en seguida vendrá el gozo de ver cómo se debate y se desespera en ella para, al final, resignarse y quedarse quieta, entregada, como muerta. Siempre es así. ¿Y también en el convento, Tesa?

—En esta casa también hay mundo —dijo la priora—, y cuando la que cumple una penitencia tendida en el suelo es una chica de buena familia, quizás pasen sobre ella con alguna alegría las que en el mundo eran muchachas del pueblo. —Y añadió—: Ellas mismas piden una penitencia a seguido. El mal está en todas partes, y hay que pagar por él.

¿Te acuerdas cuando nos decían que nosotros también tendríamos que pagar por la fortuna que nos habían dejado? ¿Cuando nos decían que teníamos que dar todo hasta arruinarnos?

—Pero no nos dejaremos quitar nada —añadía papá—. Es nuestro derecho.

¿Y va a pagar Ángela, o es el instrumento de nuestra ruina? La vamos a sacrificar, ¿y es que no lo ve mamá?, ¿no lo estaba consintiendo?

—Mamá, Tesa opina esto y lo otro —decía yo, cuando se decidió la boda de Ángela.

—Tesa no dice nada —contestaba mamá—. Y lo que dice no se la oye bien.

Aunque, la verdad, tú no has dicho nada de la boda de Ángela y ni siquiera he sabido si me escuchabas. Sólo al final decías:

—¡Qué Ángela!

—El ochenta por ciento de los que se recuperan físicamente —me dijo la doctora— caen corno en un pozo o en una noche profunda para siempre. —Y, luego, alzando una de las persianas de los grandes ventanales del pasillo, acabó la frase—: O se suicidan. Las mujeres, sobre todo, que son violadas y expuestas a los juegos más salaces. Se sienten sucias, irrecuperables.

—Pero Tesa no —me tranquilizaba María—. Tesa ha hecho mucha oración, y tiene mucha alegría.

Todos esos días antes de la boda mamá y María estuvieron cuchicheando constantemente.

—Es como si estuviera la señorita Tesa —decía Luzdivina.

Estuvieron abriendo y cerrando continuamente armarios y cajones de cómodas y comodines, y probándose vestidos y sombreros como María y tú hacíais tantas veces.

—¿Cómo les pareceré más antigua? —preguntaba mamá.

María llevaba un vestido azul marino con ribetes blancos, y blanco el cuello y el pico de los bolsos, y un elegante bolso de mano color burdeos. El pelo lo lleva, ahora, muy corto, y se había puesto un sombrerito también de color azul con cinta blanca.

—A mí lo que me iba bien era el hábito —decía María.

Y dice también que una vez se vio en el agua de la acequia de la huerta y se encontró agradable

con la toca, así que tuvo que pedir una penitencia, como tú por guardar una cajita con espejo.

—Era una falta grave —dijo María.

Pero que nunca te habías mirado en él.

—Detrás del espejo está el diablo —decía siempre mamá.

—¡Qué tontería! —rezongaba nuestro padre, muy irritado.

Pero tú ni siquiera te mirabas. Ibas a salir, muchas veces, y tenía que decirte mamá:

—Pero ¡hija! ¿Es que te has mirado al espejo? ¿Has visto cómo llevas el pelo o ese cuello?

—¡Los chicos no tienen que mirarse tanto al espejo, majo! —decía Luzdivina.

Yo me vi, sin embargo, una vez en un espejo, Tesa: en un espejo al final de una escalera, y me vi como era de verdad. Estas cosas no se atreve uno a contarlas, pero tú decías:

—Tenemos que contarnos todo, ¿eh? Porque somos amigos, además de hermanos, ¿no?

—Todo —decía yo.

Y seguramente que te lo conté, aunque tú no sabías lo que era un burdel y yo nunca te dije que lo fuera aquella casa donde al acabar la escalera había aquel espejo. Me latía fuertemente el corazón cuando nos íbamos acercando a ella.

—¿Y cómo era? ¿Quién vivía allí? —preguntabas.

Era una casa-chalet, con un jardincillo en torno, que estaba cerca del hospital y del Seminario, por aquellas calles oscuras de la ciudad en torno al mercado de la fruta, ¿te acuerdas?

Tenía un letrero luminoso a la puerta: «Villa Esther», y allí entrabas; pero apenas si podría decir ahora cómo era por dentro aquella casa salvo que, al concluir en el primer piso una escalera de caracol que allí había, se desembocaba en un pequeño *hall* con un gran espejo de marco dorado que ocupaba toda una pared hasta la altura del zócalo. En el techo había una gran luz y nadie se escapaba de su ojo, ni de su advertencia o retrato de casi cuerpo entero, y allí me vi, mientras que la muchacha que subía conmigo acicalaba su pelo. ¿Y sabes cómo estaba yo?: blanco y descompuesto como si hubiese estado bajo tierra.

—Aunque esté bajo tierra en el convento, siempre pensaré en ti —me prometiste.

Pero luego, a los pocos meses de aquella tarde de octubre, en el locutorio, cuando me estabas contando, divertida, que acarreabas el agua con cántaros para la colada, me miraste de repente, hiciste como un espantado silencio y me dijiste:

—No más conversaciones. No me vengas a ver. No más memoria, ni más nada.

—¿Por qué? —te pregunté.

Me parecía que habías visto el mismo rostro de muerte que yo me vi en el espejo, y estuve a punto de llorar. Pero susurraste:

—Porque aquí he venido a morir: también a los afectos.

—¿Y yo?

—¡Quédate un momento! —me contestaste—. Tienes la cara como la cera blanca, como un lienzo blanco, como la pared de cal. ¿Por qué?

Y yo, ¿qué iba a decirte? ¿Te acuerdas cuando oíamos de pequeños que a alguien se le había puesto el rostro blanco como la cal?

—¡Desencajado! —decía Luzdivina—. Blanco como una sábana.

Cuando te alejaste del locutorio, tus zapatillas eran como si llevaran clavos según resonaban en mi alma: ¿y no te volvería a ver, ni a oír siquiera tus pasos?

—¿Por qué las botas de los hombres tienen a lo largo de ellas los botones, y las de las mujeres los tienen a un lado? —preguntabas.

—Porque sí, porque es así —respondía Luzdivina—. Porque si no todo estaría desencajado.

Como cuando salíamos de excursión y Luzdivina misma repasaba todo para que luego cada cosa estuviera donde tenía que estar y nada estuviera desencajado: las mesitas, las sillas, el mantel, los vasos y los platos, los cubiertos, el parasol, la manta de sentarse en el suelo, las cacerolas, las viandas, la pelota, el rompecabezas, el dominó, el punto de mamá que luego nunca hacía, las almohadas, las toallas, los trajes de baño, los lienzos para la casita que hacíamos sobre cuatro maderas para cambiarnos después del baño, los libros de papá, la pecera de cristal para los

renacuajos.

—¡Qué asco! No sé ni cómo los tocáis con la mano —decía Lita.

Y la mermelada en sus tarros, o el arrope, el dulce de frambuesa; el pan para los pájaros. Y luego veíamos siempre un gazapo o una liebrequilla.

—¡A ver si creéis que es el mismo de la otra excursión! —decía Luzdivina. Y añadía a veces—: Ya veis: ¡nacer para eso!

—Y también lo decía por el poney, ¿te acuerdas? Porque como si no le hubieran dejado crecer a aquel caballo para que fuera enano, y a todos nos daba de él lástima como cuando vimos por primera vez a un enano.

—Ya veis: ¡nacer para esto!

Era como si nos llenásemos de tristeza, o sobresalto. Como cuando estabas adormilado a la hora de la siesta bajo los árboles en el jardín y Lita se tiraba de repente al estanque y te despertaba con el fragor del agua; como cuando hacíamos tú y yo proyectos de recorrer el mundo y decía Lita:

—¡Como que siempre vais a estar juntos! Nos callábamos, y decías tú luego a Lita:

—¿Es que a ti no te importa que nos separemos o irte?

—¡Qué tonterías decís! Así es la vida.

—No —contestabas tú, muy contundente.

Pero tú fuiste la primera en irte, y luego Lita cuando se casó, recién muerto papá; y yo finalmente también para recorrer el mundo.

Oía hablar en los corros de París, Amsterdam o Nueva York, y decían:

—¿Ha estado usted allí?

—Sí, sí —contestaba yo tímidamente.

Pero no conocíamos las mismas calles, los mismos edificios, los mismos ambientes, ni las mismas personas: mis amigos muertos y vivísimos con los que había estado allí, y en todas partes, y ahora parecían estar aquí a mi lado y sentir frío.

—¿Y todos estos señores? —preguntaba mamá, cuando al volver corría a colgar fotografías en mi cuarto.

—Escritores, mamá.

Esto es lo que había traído de mis años de viajes, y ellos eran los que me habían hecho regresar, porque yo tampoco resistí el cerco. Y si alguien pregunta:

—¿Qué cerco?

—El del silencio.

Porque tardas en averiguarlo, pero en esos mundos y esas grandes ciudades, en la política o la Bolsa, sólo hay silencio. Más que en tu convento. Parecen lugares de estruendo pero, en medio de tanto ruido, un día notas, como si se saltara un punto en una media, que se abre como un agujero de silencio. Como si todo se parase de repente, como cuando jugábamos con los trenes por la noche, y Luzdivina nos cortaba la corriente para que nos fuéramos a la cama, y aquellas locomotoras y sus coches se paraban en seco, ¿te acuerdas?

—A veces, se les escapa la mano en la tortura y paran en seco, al borde mismo de la muerte —dijo la doctora—. Y entonces traen a sus víctimas aquí, y las echan en el *hall* o en la escalerilla de la entrada. Como fardos o niños recién nacidos a los que se quiere abandonar. —Pero advirtió—: No es el caso de su hermana.

A ti te habían llevado antes, cuando tu humillación y tu fragilidad les asustó a los esbirros porque eras una extranjera, y había órdenes de expulsarte, pero de no tocarte nunca. María me ha dicho que tuviste tres avisos anteriores a tu conferencia, y ésta colmó la cólera cuando condenaste desde el podio de aquel Congreso de latinistas, con los versos de Ovidio, el destierro de los más humildes a las tierras del hambre, peor que la muerte.

—Fue un error imperdonable, señor —me dijo el ministro.

En pocos días se habían percatado de que entre quienes yacían, inmóviles, en aquellas camas había un rostro más blanco, una extranjera profesora de latín y estrella de un Congreso de sabios —porque eso fue lo que el ministro dijo— y estaban apesadumbrados.

—¿Cómo podíamos adivinar, señor?

Porque en esos grandes despachos, con los modales más exquisitos y melosas palabras, se desuella al mundo entero. Era una estancia con una pared de cristal, y en las otras alternaban lujosas y breves estanterías con libros y una pintura de un muelle portuario, en blanco y azules. El ministro, que era un hombre en la cuarentena extraordinariamente bien vestido y con voz muy profunda, hilaba sus gestos de pesadumbre con otros gestos de invitación a la concordia y al arreglo. Se recostaba y volvía a enderezarse en su sillón, extendía sus manos sobre la mesa y, ante mis protestas y recriminaciones o encogimientos, volvía a recogerlas, sonreía:

—Lo deploramos. Nos tiene a su servicio. Acepte personalmente mis excusas.

Como si impusiera sus manos sobre mi cabeza, sobre la tuya, sobre la de todos los que agonizaban o habían muerto a manos de los torturadores, y las ungiera. Como si pidiera perdón por una nonada. ¿Y qué dices entonces? Sólo puedes hacer una cosa: mantener la cabeza erguida, realizar del modo más frío los gestos de la pura cortesía y callar. Pero dejando entender que se podría hablar, que mañana mismo la prensa internacional podía poner el grito en el cielo, porque yo mismo podía moverla.

Y, luego, Lita, cuando lo supo, preguntando:

—¿Y por qué se mete en política?

¡Pobre Lita! Lo preguntaba con unos ojos llenos de terror, y de pesadumbre; de no saber qué decir, ni qué hacer, como cuando quería sacudirse de su matrimonio y evitar el de Ángela, agitándose, corriendo de un lugar a otro mientras taconeaba como siempre. ¿Te acuerdas? Se la oía llegar a casa desde lejos por sus pasos cortos y ruidosos:

—¡La perdiz! —decía papá—. Ya está ahí la perdiz.

Porque, además, la gustaban mucho los zapatos rojos. La gustaba el mundo.

—¿Otros zapatos rojos? —preguntaba mamá—. ¿Y medias rojas? ¿Otra falda roja? ¿Otro chaquetón rojo?

La gustaba el mundo a Lita, y protestaba contra los vestidos negros o de colores apagados de todos los de esta casa. Y mamá anduvo buscando alpargatas, cuando tú te fuiste al convento, ¿lo sabías?

—¿Dónde las comprarán? —decía.

Buscamos en las zapaterías más pequeñas, y en los barrios, y no encontramos. Los que despachaban se quedaban un poco perplejos de que aquella señora buscara alpargatas con tanto interés:

—Con la suela de esparto, de tela negra, con cintas.

—Sí, sí, alpargatas —decían ellos.

Pero mamá añadía todavía:

—Y de mujer.

Abrían unos ojos enormes, y al fin contestaban:

—Son iguales para hombre o mujer, señora. ¡Pero ya no se hacen! No las traemos.

—¡Ah, eso es otra cosa: que nos las tengan! —dijo Luzdivina cuando se lo contamos—. Las hay blancas y sin cintas con una lengüeta amarilla en el empeine, pero son de hombre. Las de mujer son negras y con cintas —añadió—. Como las de mi madre de toda la vida.

—¿Y en invierno? —preguntaba mamá.

—¡Anda! En invierno y en verano. ¿Es que no ha visto a los criados o al jardinero?

¿Nunca nos habíamos fijado en las alpargatas? Estábamos a punto de avergonzarnos, pero mamá exclamó entonces:

—¡Pues claro! ¡Qué tonta!

Y en los corros de invitados se decía también:

—¡Menos mal que este país ya ha salido de las alpargatas!

—Y de los tricornios.

—Y de las sotanas.

—¡Como si no hubieran hecho su agosto a costa de eso! —comentaba mamá.

Te imaginabas a todos aquellos caballeros y damas impecables calzados de repente con alpargatas, y te reías. Por lo menos de momento, a todos se les rebajaría la estatura. Una de esas damas perdió el equilibrio al moverse, porque el tacón de uno de sus zapatos quedó aprisionado en un pequeño hoyo del empedrado, y casi fue una tragedia aquella pérdida de compostura con su pierna levemente alzada dentro de una falda muy estrecha, y entonces los grititos y la asistencia de otras damas, la extracción del zapato, la comprobación de que el tacón continuaba siendo sólido y no había quedado dañado, las imprecaciones sobre los pisos de guijarros.

—Así me rompí yo una pierna, en un funeral, en el campo también —dijo tía Remedios—. ¡Bueno, fue un esguince, como dicen! —se corrigió.

Algunos de los invitados médicos se acercaron a la dama para tranquilizarla, y palparon su pie.

—¿Le duele?

—¡Un horror! —contestó ella.

Y casi sólo se oía el taconeo de Lita, menudo, perfecto, yendo de un sitio para otro. ¡Como que había andado toda su vida por el empedrado del patio o del caminito del jardín!

—¡La perdiz! ¡Ya está ahí la perdiz! —decía papá.

Y, en aquella espera, todo me parecía como antes.

IX

La finca se lleva sola: son habas contadas; pero el mundo de las finanzas me da miedo y aprendo a manejarlo mal con don Julio. Ni las casas, ni las fincas, ni las hipotecas me importan, y ahora me daban ganas de gritar que lo regalaba todo al marido de Lita o a quien fuese, si nos daba la libertad de Ángela.

—¡Qué tonterías dices! —me susurró mamá.

Y, de repente, me di cuenta de que ellos también estaban allí. Algunos informalmente vestidos, pero con exquisito cuidado en la informalidad y, en resumidas cuentas, con su uniforme literario o de pintores y artistas que han triunfado y se sientan a la mesa de los que también lo han hecho en las carreras o el comercio. Coqueteaban con su pelo, con su risa, con sus exagerados modales y la voz afectada; contaban graciosas anécdotas o, bajando la voz, también enormidades, aventuras salaces, éxitos cosmopolitas. ¿Cómo no iba a conocerlos, Tesa? Éstos se reirían de Aliosha, pero a mí me llenaron de alabanzas viscosas como la panza de las ranas, el légamo, la telenita de la leche.

—¡Qué asco! —decías.

Aseguraban que mis crónicas políticas y literarias eran monumentos.

—Espíritu de observación y de finura. —Verdadera información.

—Mil maravillas.

Como si olieras a aceite tras la Unción, antes de que, al darte media vuelta, te despellejen verdaderamente: es la costumbre. Pero sonrías y ofreces tu mano, hablas de Leningrado o Munich: lo que haga falta. Porque, además, ya se nota el suave calorcillo del día ya sin nubes, y te percatas de que ha cambiado la dirección del viento. Ahora es ábrego, y trae hasta allí el perfume de los árboles en brote, sus pelusas. ¿Te acuerdas de las pelusas o molinillos, Tesa? Pero el aroma también de la tierra humedecida y el cacareo lejano, los ladridos de los perros, el chillido de los pájaros. ¿Te acuerdas de los mediodías de primavera desde allá arriba? Las palomas del pueblo entero, y también las nuestras, acudieron a posarse, como siempre, en el tejadillo de la ermita, y allí se instalaron al sol para disfrutarlo como si estuvieran en una galería o terraza; y eso pareció llamar la atención de casi todos.

El palomar del convento estaba vacío desde hacía años —dijo la hermana portera— y allí ibas tú, contabas, a hacer oración muchas veces.

—Los nichos antiguos como ojos de los muertos o los ángeles. —Y añadiste—: Y allí supe que tendría que abandonar.

Entonces, a poco de posarse allí las palomas, llegó el Josillo con su escopeta de madera, haciendo con la boca «pim-pam-pum». ¿Te acuerdas de él? No, no puedes acordarte: es un nieto de aquella panadera que se llamaba Sabina y vivía en las últimas casas del pueblo, camino del camposanto, un hijo de aquel muchachote de nuestra edad que era quien amasaba y atendía el horno y era un poco inocente: se llamaba el Ángel, ¿te acuerdas?

—Ángel, ¿podemos poner nuestro nombre en el pan?

—Sí, señorita.

Y tú ponías allí nuestros nombres con un palo de la leña de enrojar o querías hacer una cruz con un cuchillo, y entonces decía el Ángel:

—No, señorita. ¡Con el cuchillo, no!

¿Y te acuerdas que la Sabina tenía una niña sin brazos? También era inocente, y se murió. Siempre ha hecho pan esta familia, y siempre ha tenido un inocente en ella, como si esto tuviera que

ver algo con el pan. Pero te parecía más sagrado, ¿no? ¿Y no teníais vosotras, en el convento, una demandadera que era santa porque era un poco inocente?

—Mucho —dijiste. Y señalando—: Esa que ha pasado en la silla de ruedas.

—¡A ver si te crees que Blas Cívicos vivió mucho, majo! ¡Mira la Chaba! —me desengañaba Luzdivina.

Se oía el zureo de las palomas en el tejado como una conjura o rumoreo, y las conversaciones bajaron de tono, como si de repente se tornasen confidencias en las que siempre se intercambia algo, y los gestos de los brazos y las manos son como los de las mujeres que se entregan un niño ya dormido. O como cuando papá te daba un libro que le habías pedido y, entonces, le apretabas contra tu pecho, lo primero: contra tu corazón.

—Cuando tú seas escritor —decías— haré esto y mucho más con tus libros.

—Pero para ser escritor, hay que guardar mucho silencio —me advertía papá.

¿Y por qué me hice corresponsal de prensa, después de que él murió y tú y Lita ya no estabais? Pero, ahora, estoy aquí y no volveré nunca al mundo.

—Tesa no está en el mundo —decía María—. Tesa está con los que no tienen mundo. Y trataba de explicárselo a mamá.

—Pero, ¿por qué tan lejos? ¿Es que no podía estar con nosotros?

—Ya volverá.

—Cuando yo me haya muerto.

—Mucho antes, mamá.

Y María la daba un beso.

Pero, ahora, estaba contenta y cuando la preguntaban por Tesa, respondía:

—Allá, con sus latines. Está muy bien.

Y, de repente, había dejado de hacer el teatro que hacía cuando tus llamadas.

—Es la señorita Tesa.

—Es Tesa, mamá.

Se levantaba de prisa y decidida, e iba a su habitación. Se la oía reír perfectamente, y ya no decía:

—No sé para qué me llamará esta chica. ¡No se la oye!

—¿Qué te ha dicho Tesa, que estás tan contenta, mamá?

—Nada, nada.

—¿Qué le has dicho a mamá, que se reía tanto? —te preguntaba a ti.

Y tú decías:

—No, nada.

Y no es que tuvieran prisa, pero de vez en cuando algún invitado se asomaba al pretil para comprobar si un coche aparecía en la carretera, porque ya sería el del oficiante en la ceremonia, y volvía al corro de donde había salido, diciendo:

—No, nada.

—Tiene que ser un Mercedes negro —dijo alguien.

—No —corrigió el padre de Ángela—. Le he enviado yo mi propio coche. Es un viejo amigo de la familia.

—¡Prepárate, Ángela! —dijo tía Remedios. A Lita se le saltaban las lágrimas.

—La emoción de la madre de la novia —comentaron algunas señoras.

Lita se cogió de mi brazo y me susurró al oído:

—¿Y no se puede hacer nada?

—Nosotros no —contestó mamá.

Y alguien anunció entonces:

—Ya se ve el coche en el repecho de la carretera.

Se deshicieron los corros, y muchos de los que los formaban fueron hasta el pretil para ver la llegada del monseñor. El marido de Lita bajó con el novio para esperarlo al pie de la escalerilla, en la explanada de abajo, y con ellos bajaron también otros invitados suyos. Y el marido de Lita, al ver

que ésta no le seguía, la ordenó:

—Tú también bajas.

Lita miró a mamá, y luego comenzó a andar en dirección de su marido como un perrillo, pero mamá dijo muy secamente:

—Lita se queda con nosotros.

Y la echó una mano por el hombro después de palmearla un poco la espalda, mientras con el otro brazo acercaba también hacia sí a Ángela.

—Tienes que arreglarte un poco el pelo, y volver a colocarte el velo —dijo tía Remedios a Ángela.

Y Ángela no contestó nada, pero quizás iba a comenzar a retocarse, porque tía Remedios la había alargado un pequeño espejo. Sólo que mamá también cortó por lo sano:

—Está así muy guapa. —Y luego, de repente, la preguntó—: ¿Te acuerdas de tu abuelo?

—¡Mamá, pero si yo no me había casado cuando murió papá! —dijo Lita.

—¡Es verdad! ¡Qué tonta soy! ¿Y de tía Tesa?

—De tía Tesa sí, claro —respondió Ángela.

—Pues la tía Tesa te mandará un regalo, y ya debía estar aquí.

Entonces mamá se fue hacia el pretil, y comenzó a mirar a la lejanía; pero no sólo en dirección de la carretera, sino del cementerio como si tú fueras a aparecer ahora también por el caminito después de dejar un ramo de caléndulas sobre la sepultura de papá: como tantas otras veces, con aquella pámela azul con una cinta asalmonada que tenías, con aquel vestido blanco de gasa, y tu andar patoso y grave.

Abajo, el monseñor descendía del coche y era saludado con mucha ceremonia por el marido de Lita y los otros amigos suyos. Y se les oía hablar melosamente, aunque sus palabras no llegaban hasta allí arriba, pero seguro que eran todas de cumplimento y cortesía según revoloteaban las manos de todos, a juzgar por las sonrisas y las inclinaciones. Y el monseñor era un hombre guapo, de media edad, alto, con un porte distinguido. Se recogía su sotana con una habilidad femenina y dejaba ver sus calcetines morados y sus zapatos con grandes hebillas de plata. Llevaba un sombrero o teja bordado de rojo como los botones de su sotana y subía despaciosamente. Se seguían oyendo risas y, cuando monseñor apareció allí arriba, lo primero que vimos fue la blancura de sus dientes, porque sonreía como sonríen los poderosos el día de su triunfo. Su rostro era redondito y lleno, una nariz delicada, unas gafas de oro, el pelo ceniciento, los labios finos como los de la Princesa, y los brazos y las manos teatralmente extendidos hacia nosotros.

Cuando subieron todos, el marido de Lita hizo nuestras presentaciones al monseñor, distante, ceremonioso. Mamá estuvo fría como un témpano, casi descortés:

—Soy la señora Soldati, mi nombre de familia.

—Muy bien, muy bien —dijo monseñor ante Ángela.

—¡Claro que muy bien! —rezongó mamá.

Y el marido de Lita presentó ahora a ésta como la madrina, además de su mujer. Y al padrino:

—Y éste es tío Ricardo, cirujano. ¿Se acuerda, monseñor?

—¡Claro, claro! ¡Muy bien, muy bien!

—Cirugía plástica —dijo el tío Ricardo.

—Pues muy bien. Creo que ya estamos todos para dar comienzo a la ceremonia —advirtió monseñor.

Y luego echó a andar con el marido de Lita para examinar la ermitilla, y en seguida los invitados comenzaron a seguirlos. Las palomas que había sobre el tejado alzaron el vuelo como si se hubieran acercado cazadores, y parecía un relámpago el fulgor que levantaron, y como un airón el ruido de su aleteo. Huían hacia el pueblo y hacia sus palomares, como perseguidas.

—Creo que es un monseñor de los de la Rota o los tribunales que casan y descasan —dijo María con sarcasmo.

—Un hombre de salón, ya me he dado cuenta —añadió mamá—. He conocido a bastantes clérigos de éstos.

Pero lo dijo sin retintín alguno. De un modo neutral, como quien reconoce un paño que le presentan como raro, y comenta:

—No, he tenido en mis manos esta clase de tela muchas veces.

Luego, mamá se inclinó sobre Lita y la dijo algo al oído. Algo que iluminó su rostro y lo llenó de alegría.

—¡Bien mamá! —dijo Lita. Y luego, dirigiéndose a nosotros—: Me perdonáis un segundo, ¿no?

Comenzó a taconear sobre el empedrado y desapareció por la escalerilla a toda prisa. María me dijo, sonriéndome:

—¡Ya va!

—¿Adónde? —pregunté yo.

—¿Adónde va a ser?

Y mamá aclaró enigmáticamente:

—Va por el regalo de Tesa. Nos es imprescindible.

Y entonces hubo allí, entre los invitados, un respiro. Quizás porque todavía tenían un poco de tiempo, ya que la madrina se había ausentado un momento, o como si ellos también esperasen tu regalo; mientras yo volvía a divisarte aquí o allá, entre los que se arremolinaban ya en torno de la ermitilla, en cuanto veía una cabeza rubia. Aunque sabía que no podías ser tú. Pero, ¿y si lo fueras?

Todos se apresuraron a alisarse trajes y vestidos, recolocarse los sombreros y los pañuelos de bolsillo, a acicalarse el rostro o los labios las damas y espejearon polveras y estuches de barras de labios, se extrajeron pequeños peines y afeites de los bolsos, se presionaron corbatas y nivelaron pajaritas; se rió, se tosió, se cuchicheó y todos fueron acercándose a la ermitilla, y se ponían a mirarla de nuevo después de que lo había hecho monseñor como para redescubrirla. Parecían percatarse ahora de su sólida existencia y, aunque habían entrado y salido de allí muchas veces durante la espera, abrían ahora los ojos como si fueran a poblarse de maravillas aquellas viejísimas paredes. La campanita que colgaba en su espadaña comenzó a tocar, monseñor entró en la ermitilla y, al arrimarse todo el mundo como en un grande y único corro, todavía hubo presentaciones y reencuentros. Mamá estaba con Ángela junto al pretil charlando, y algunos se preguntaban, ante aquel gentío, cómo podría albergarnos aquel minúsculo edificio. El marido de Lita preguntó por ésta al tío Ricardo, pero éste hablaba con una dama de su celulitis en el tono de un murmullo cómplice, pero audible:

—Te has descuidado un poco, te lo dije.

Pero su conversación se hizo en seguida más confidencial y ahora se oía decir a alguien:

—Si hubiéramos traído nuestro coche hubiéramos ido a La Vaguada. Veréis qué nido me he hecho.

Y alguien más, que desviaba la mirada del tío Ricardo, decía a su mujer:

—Es un cirujano plástico de fama. Tendrías que ir, ya sabes.

Ella enrojeció, y luego una tristeza empañó su rostro como el de un niño al que no le funciona el juguete, o se le ha roto. Pero el marido rió brutalmente, y encendió un cigarrillo con un encendedor de oro que hizo un ¡chac! casi indecente: como un portazo, y luego mostró también reflejos de oro de su perfecta dentadura.

—Y ten cuidado con la dieta —se oía de nuevo que aconsejaba a la dama el tío Ricardo.

—No he visto a tu marido —dijo luego éste.

—Está con unas jovencitas por ahí: unas sobrinas tuyas, según dice.

—Pero, ¿aquí?

—No, vendrá más tarde.

Y entonces se apartaron del grupo que formábamos, hablando ahora en voz alta y tratándose de usted. Aparecieron dos o tres clérigos con ropas litúrgicas. ¿De dónde habían salido? Y otro clérigo llegaba con una maleta negra. La calma volvía a instalarse en el grupo, la campana había dejado de voltear, y las palomas volvían a aposentarse en el tejado. Algunos que estaban más próximos a la puerta entraban en la iglesia, pero otros muchos volvían a ponerse sus gafas de sol o a colocar oscuros suplementos sobre los lentes. Se oía el arrastre de los bancos allí dentro de la ermitilla, y

sonaba el armonium. Todos alzaron su cabeza, y también las palomas levantaron sus cuellos. ¿Te acuerdas cuando poníamos música y las gallinas y palomas se percataban de ello, y se quedaban paradas? Pues así.

Pero la música cesó de repente, y el monseñor apareció revestido y flanqueado por otros dos clérigos. El marido de Lita dijo:

—¡Los novios y los padrinos!

Se hizo silencio, y luego se oyó a mamá que decía:

—Un momento.

El bastón la relucía entre las manos, y parecía un reloj de arena. Pero Ángela y ella reían descuidadas del tiempo.

—Ya está —dijo María a mi lado, cuando vio salir, lleno de ira, al marido de Lita, seguido de los suyos, y precipitarse por la escalera.

Luego, se oyó arrancar un coche, y Ángela y mamá se acercaron al grupo despaciosamente. Había como un nuevo respiro, y algunos preguntaban:

—¿Qué pasa, ahora?

Pero nadie parecía darlo mayor importancia, incluso cuando mamá dijo a Ángela que se podía ya quitar el tocado de novia.

—Que tienes que estar cansada con eso tan molesto, hija, ¿no?

—Sí, abuela —dijo Ángela.

Sólo tía Remedios clamó en voz alta:

—Pero ¿qué hace esta chica?

Y todos reímos, mientras los fotógrafos tiraban sobre monseñor y sus asistentes, que estaban allí en silencio, hieráticos. E incluso saldría allí en la foto el tío Ricardo hablando con su dama todavía, como ausentes.

—Creo que nos hemos arruinado del todo, y con este escándalo de la boda hemos roto todas las amarras con el mundo —dijo mamá, cuando llegamos a casa.

—Sí, señora —dijo Luzdivina.

Y resulta que Ángela, en cuanto se quitó los zapatos, comenzó a andar por allí como una patosa. Como tú, decía Lita.

—Siéntate en la silla de tía Tesa —dijo mamá. Y añadió—: Ya la conocerás.

Pero no dejes de llamar a mamá ni una sola vez. Yo te seguiré contando todo, como te cuento esto de la boda de Ángela y tu regalo. Hasta que vuelvas y, como cuando atravesaste la reja de clausura, sonriendo, digas:

—¡Vamos!

Cuando ya te levantes de tu silla de ruedas, dice María, y volvamos a dar vueltas al mundo, hablando y hablando interminablemente. Porque no nos gusta el mundo.

—¡Claro! —dijo mamá.

¿Sabe también que ya sólo podrás andar con muletas, y no podrás sentarte nunca en tu vieja silla recta? Quizás lo sabe, porque se quedó un momento pensativa. Luego puso de nuevo el vaso de agua con el que se había premiado su triunfo sobre la bandeja, y comenzamos a comentar los incidentes.

—Hay que contárselo, en seguida, a Tesa. Y ya debía haber llamado —advirtió de repente.

Y se fue a su sillón de orejeras con el punto, la *Imitación de Cristo* y *Los novios*, pero sin alzar su mirada del teléfono. Como si te viese acercarte a él para llamarla.